

Flore Celestine Therèse Henriette Tristán Moscoso Laisney fue una de las fundadoras del feminismo. Su padre, Marino Tristán-Moscoso, fue un coronel peruano arequipeño de la armada española, y su madre, Anne Laisney, francesa. Los padres se conocieron en Bilbao y Flora nació en París.

La muerte de su pader en 1807, cuando Flora sólo tenía 4 años, quedando la familia en la pobreza, ya que el nunca la reconoció legalmente. La pobreza impulsa a Flora, niña aún, a trabajar como obrera en un taller de litografía y a los 17 años, a casarse con el propietario de ésta, André Chazal, con quien tiene tres hijos. Años después, el matrimonio se disolvió a causa de los celos y maltratos por parte de Chanzal, incluso un intento de asesinato en que le dispara a Flora dejándola malherida en la calle.

En 1832 Flora viaja al Perú y visita a la familia del padre para reclamar su herencia paterna, pero recibe sólo una pensión mensual. Permaneció en el Perú hasta el 16 de Julio de 1834. Flora Tristán escribió un diario de sus experiencias en el Perú, publicado en 1833 como *Pérégrinations d'une paria*.

De vuelta en Francia, emprendió una campaña a favor de la emancipación de la mujer, en contra de la pena capital y por los derechos de los trabajadores abogando por su organización y "unidad universal". El propio Karl Marx la elogió como "precursora de altos ideales nobles".

Murió de tifus en Burdeos a los 41 años.

Flora Tristán

de

Paseos en Londres (1840)

VIII

Mujeres públicas

Jamás he podido ver una mujer pública sin ser conmovida por un sentimiento de compasión por nuestras sociedades, sin sentir el desprecio por su organización y odio por sus dominadores que extraños a todo pudor, a todo respeto por la humanidad, a todo amor por sus semejantes, reducen la criatura de Dios al último grado de abyección. ¡La rebajan por debajo de lo brutal!

Comprendo al salteador de caminos que saquea a los que pasan por los grandes caminos y entrega su cabeza a la guillotina. Comprendo al soldado que juega constantemente su vida y no recibe nada a cambio sino unos centavos por día. Comprendo al marinero que expone la suya al furor de los mares. Los tres encuentran en su oficio, una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Veo en la prostitución una locura horrenda, o bien es en tal forma sublime que mi ser humano no puede tener conciencia de ello. Arrostrar la muerte no es nada; pero ¡qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes, y desprecio de sí misma.

Lo repito, hay en ella algo de sublime o de locura.

La prostitución es la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes de este mundo. Esta infamia marchita la especie humana y atenta contra la organización social más que el crimen. Los prejuicios, la miseria y la esclavitud combinan sus funestos efectos para producir esta sublevante degradación. Sí, si no se hubiese impuesto a la mujer la castidad por virtud sin que el hombre a ello fuese obligado, ella no sería rechazada de la sociedad por haber accedido a los sentimientos de su corazón, y la mujer seducida, engañada y abandonada no estaría reducida a prostituirse. Sí, si vos la admitieseis a recibir la misma educación, a ejercer los mismos empleos y profesiones que el hombre, ella no sería más frecuentemente que él propensa a la miseria. Si vos no la expusieseis a todos los abusos de la fuerza, por el despotismo del poder paterno y la indisolubilidad del matrimonio, ella no estaría jamás colocada en la alternativa de sufrir la opresión y la infamia.

La virtud o el vicio supone la libertad de hacer bien o mal; pero cuál puede ser la moral de la mujer que no se pertenece a sí misma, que no tiene nada propio, y que toda su vida ha sido preparada a sustraerse a lo arbitrario por la astucia y a la coacción por la seducción. Y cuando es torturada por la miseria, cuando ve el goce de todos los bienes alrededor de los hombres, ¿el arte de gustar, en el cual ha sido educada no la conduce inevitablemente a la prostitución?

¡Por ello, que esta monstruosidad sea imputada a vuestro estado social y que la mujer sea absuelta! Mientras que ella esté sometida al yugo del hombre o del prejuicio, a que no reciba la más mínima educación profesional, que esté privada de sus derechos civiles, no podrá existir ley moral para ella. En tanto que no pueda obtener el goce de los bienes sino por la influencia que ella ejerce sobre las pasiones, que no haya título para ella y que sea despojada por su marido de las propiedades que ella ha adquirido por su trabajo o que su padre le ha dado, que no sepa asegurarse el uso de los bienes y de la libertad sino viviendo en el celibato, no podrá existir ley moral para ella, y puede afirmarse que hasta que la emancipación de la mujer tenga lugar, la prostitución irá creciendo todos los días.

Las riquezas están repartidas más desigualmente en Inglaterra que en ningún otra parte, la prostitución debe ser por lo tanto más considerable. El derecho de testar no está restringido por la ley inglesa, y los prejuicios aristocráticos que reinan en el pueblo, desde el feudo del lord hasta la cabaña humilde del «labrador», hacen instituir «un heredero» en todas las familias; en consecuencia las hijas no tienen sino débiles dotes, a menos que no tengan hermanos.

No obstante, existen, solo pocos empleos para las mujeres que han recibido alguna educación; además los prejuicios fanáticos de las sectas religiosas hacen rechazar de todo hogar, y a menudo incluso del techo paterno, a las muchachas que han sido seducidas o engañadas, y la mayor parte de los ricos propietarios del campo, los fabricantes y los jefes de fábricas hacen el juego de seducirlas y engañarlas. Ah, que estos capitalistas, que estos propietarios del suelo, a quienes los proletarios hacen tan ricos por el intercambio de catorce horas de trabajo por un pedazo de pan..., están lejos de balancear, por el uso que hacen de su fortuna, los males y desórdenes de todo género que resultan de la acumulación de las riquezas en sus manos. Aquellas riquezas casi siempre alimentan el orgullo y ocasionan excesos de intemperancia y de libertinaje, de suerte que el pueblo pervertido por su horrible miseria es todavía corrompido por los vicios de los ricos.

Las muchachas nacidas en la clase pobre son empujadas a la prostitución por el hambre. Las mujeres son excluidas de los trabajos del campo y cuando no son ocupadas en las manufacturas, no tienen otro recurso de vida sino la servidumbre y la prostitución.

Vayamos, hermanas mías, marchemos
en la noche como en el día;
a toda hora, a todo precio es preciso
hacer el amor, es preciso hacerlo,
aquí abajo el destino nos ha hecho
para cuidar la casa y a las mujeres
honestas.

Las mujeres públicas de Londres son tan numerosas que a toda hora se les ve en todas partes. Afluyen a todas las calles, pero en ciertos momentos del día se hacen presentes en los barrios alejados donde la mayor parte reside, en las calles donde se encuentra el gentío y en los paseos y teatros. Es raro que reciban a los hombres en sus casas; los propietarios de las casas casi siempre se oponen y luego las habitaciones que ocupan están mezquinamente amobladas. Las muchachas llevan sus «capturas» a casas destinadas al oficio, casas que existen de distancia en distancia en todos los barrios, sin excepción y, son, de acuerdo con lo que informa el doctor Ryan, tan numerosas como las tiendas de «Gin». Fui como observadora, acompañada de dos amigos armados de bastones, a visitar, entre siete y ocho horas del día, el nuevo barrio al cual llega el puente de Waterloo y que atraviesa a lo ancho y a lo largo la calle de Waterloo-road. Aquel barrio está casi enteramente poblado de prostitutas y de agentes de la prostitución. No sería sino incurriendo en inminentes peligros que se le puede atravesar solo por la noche. Estábamos en verano y la tarde

estaba muy cálida, las muchachas estaban en las ventanas o sentadas frente a sus puertas, riendo y jugando con sus «mantenidos». Medio vestidas, muchas desnudas hasta la cintura, revoloteaban provocando repugnancia, mientras que la expresión de cinismo y de crimen se leía sobre el rostro de sus mantenidos y provocaban el miedo.

En general estos mantenidos eran hombres muy bellos, jóvenes, grandes y fuertes; pero por su aire común y grosero, se creería ver aquellos animales que no tienen sino apetitos por instinto.

Muchos se nos acercaron y nos preguntaron si no queríamos una habitación. Como les respondimos negativamente, uno, más atrevido que los otros, nos dijo en tono amenazador: ¿qué venís entonces a hacer a este barrio, si vos no queréis una habitación para hacer entrar a «vuestra dama»? Confieso que no habría querido encontrarme sola frente a este hombre.

Recorrimos así todas las calles adyacentes de Waterloo-road, y nos fuimos a sentar sobre el puente para observar otro espectáculo. Vimos pasar las mujeres del barrio de Waterloo-road, que por la noche, entre las ocho y las nueve, van en «bandas» al West-end de la ciudad, donde ellas ejercen su oficio durante la noche y vuelven hacia las ocho o las nueve de la mañana.

Las muchachas recorren todos los paseos y las calles donde se dirige el gentío; aquella que conduce a la bolsa, a las horas donde el mayor número de personas se congrega, alrededores de los teatros y otros lugares públicos. A la hora de las entradas de precio medio invaden todos los espectáculos y se apoderan de las salas de descanso donde hacen sus salones de reunión (ver el capítulo del teatro). Después del espectáculo las muchachas se reúnen en los finishes: éstos son innobles cabarets o vastas y suntuosas tabernas a donde se van para terminar la noche.

Los finishes se unen a las costumbres inglesas como el estaminet a los hábitos alemanes y el café elegante a las costumbres francesas. En los unos el empleado de oficina, el dependiente, el corredor, beben la cerveza fuerte, fuman mal tabaco y tienen francachela con las muchachas suciamente vestidas. En los otros la alta sociedad bebe punch au cognac, vino de Francia y del Rhin, Cherry y Porto; fuma excelentes cigarros de la Habana, ríe y juega con las muchachas jóvenes, bellas y ricamente vestidas. Pero en estos como en aquellos, la orgía se muestra en toda su brutalidad, en todo su horror.

Se me ha contado a propósito de los finishes, las escenas de lujuria que me resistí a creer. Me encontraba en Londres por cuarta vez, y había venido con la firme intención de conocer todo. Me decidí por tanto a sobreponerme a mi repugnancia, e ir yo misma a uno de esos finishes a fin de juzgar el grado de confianza que debía otorgar a las diversas pinturas que me habían hecho. Los mismos amigos que habían venido a acompañarme a Waterloo-road se ofrecieron entonces a servirme de cicerone.

Es un espectáculo para ver, y para hacernos conocer mejor el estado moral de Inglaterra que todo lo que se podría decir. Tales tabernas espléndidas tienen

una fisonomía muy particular. Parece que los concurrentes asiduos a aquellos palacios les dedican la noche. Van a dormir cuando el sol comienza a brillar en el horizonte y se despiertan después de su ocaso. En el exterior aquellos palacios-tabernas (gin-palaces) cuidadosamente cerrados, no indican sino el sueño y el silencio; mas apenas el portero os ha abierto la pequeña puerta por donde entran los iniciados, vos sois deslumbrado por las vivas y brillantes luces que se escapan de mil mecheros de gas. El primero es un inmenso salón dividido en dos a lo largo. En una de sus divisiones hay una hilera de mesas separadas por tabiques de madera, como en todos los restaurantes ingleses. A los dos costados de las mesas hay bancos en forma de sofás; al frente, en otra división, hay un estrado donde las muchachas del placer con amplios trajes se mantienen en «exhibición». Ellas provocan a los hombres con la mirada y la palabra. Cuando se les responde llevan al galante gentleman a una de las mesas pues todas están llenas de carnes frías, de jamones, de aves, de pasteles y toda especie de vinos y licores.

¡Los finishes son los templos que el materialismo inglés eleva a sus dioses! Los domésticos que les sirven están elegantemente vestidos, los industriales propietarios del establecimiento saludan humildemente a los convidados que vienen a cambiar su oro por la orgía.

Hacia la media noche los asiduos comienzan a llegar. Varias de estas tabernas son lugares de citas de la alta sociedad, donde la élite de la aristocracia se congrega. Al principio los jóvenes lords se tienden sobre los bancos en forma de sofás, fuman y bromean con las mujeres después; tras de varias libaciones, los vapores del champaña, el alcohol de madera exaltan su cerebro, y los ilustres mozos de la nobleza inglesa, los muy honorables del parlamento se quitan el vestido, desatan la corbata, se sacan el chaleco y los tirantes. Estos establecen su «camarín particular» en un cabaret público. La orgía va siempre creciendo. Entre las cuatro y cinco horas de la mañana ella llega a su apogeo.

¡Oh entonces es necesario una cierta dosis de coraje para quedar allí, mudo espectador de todo lo que pasa!

¡Qué digno empleo hacen de sus inmensas fortunas estos nobles señores ingleses! Cuán bellos, cuán generosos son cuando han perdido el uso de su razón y ofrecen cincuenta, cien guineas a una prostituta si quiere ella prestarse a todas las obscenidades que la ebriedad produce...

En los finishes hay toda clase de entretenimientos. Uno de los más gustados es el de emborrachar a una mujer hasta que caiga muerta de ebriedad; entonces se le hace probar vinagre en el cual mostaza y pimienta han sido arrojados; este brebaje le da casi siempre horribles convulsiones y los sobresaltos y las contorsiones de esta desgraciada provocan las risas y divierten infinitamente a la honorable sociedad. Una diversión también muy apreciada en esas elegantes reuniones, es la de arrojar sobre las muchachas que yacen muertas de ebriedad sobre el piso un vaso de no importa qué. He visto los vestidos de satén en los que ya no se veía ningún color: era una mezcla confusa de manchas; vino, aguardiente, cerveza, café, té, crema, etc., que diseñaban mil

formas extravagantes; escritura matizada de la orgía. ¡Oh, la criatura humana no podría descender más bajo!

El aspecto de este licencioso espectáculo subleva, espanta y sus exhalaciones llegan a revolver el estómago; el aire está cargado de miasmas infectas; el olor de las carnes, de las bebidas, del humo de tabaco y otros más fétidos todavía... todas estas emanaciones penetran en la garganta, y os aprietan las sienes y os dan vértigo. ¡Oh, es horrible! Sin embargo esta vida que ellas recomienzan «cada noche» es para la mujer pública la única esperanza de fortuna, porque no tienen oportunidad con el inglés «en ayunas», pues el inglés en ayunas es casto hasta la mojjigatería.

Es ordinariamente hacia las siete u ocho de la mañana que se retiran del finish. Los domésticos van a buscar los coches de alquiler. Aquellos que todavía se mantienen en pie buscan sus vestidos, los recogen y se retiran a sus casas. En cuanto a los otros, los mozos de la taberna los visten como pueden, con los primeros vestidos que tienen a la mano y los llevan al coche de alquiler e indican al conductor del coche la dirección de sus domicilios. Muy a menudo ocurre que se desconoce la casa de esos individuos; entonces son colocados en una sala al fondo de la casa, donde se les acuesta bienamente sobre paja. Esta sala se llama el «hueco de los borrachos». Se quedan ahí hasta que recuperen el sentido y puedan decir dónde quieren ser conducidos.

Es inútil decir que los objetos consumidos en esas tabernas se pagan a enormes precios; así pues los borrachos salen con sus bolsillos vacíos, felices si la codicia de su sirena les ha perdonado el reloj, los anteojos de marco de oro o cualquier otra cosa de valor.

En esta ciudad de desenfreno, la vida de las mujeres públicas de toda clase es de corta duración. Lo quiera o no, la prostituta está obligada a beber alcohol. ¡Qué temperamento podría resistir los continuos excesos! Así tres o cuatro años es el período de existencia de la mitad de las prostitutas de Londres. Las hay que resisten siete u ocho años, pero es el término extremo que muy pocas alcanzan y que solamente muy raras excepciones superan. Muchas mueren de malas enfermedades o de fluxiones al pecho en los hospitales y cuando no pueden ser admitidas sucumben a sus males en horribles viviendas, experimentando la privación de alimentos, de remedio, de cuidado en fin de todas las cosas. El perro al morir encuentra la mirada de su amo, en tanto que la prostituta muere en la esquina de cualquier calle, sin que nadie se detenga a mirarla con piedad.

De ochenta a cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución. Cada año, de quince a veinte mil se enferman y tienen la muerte del leproso, en un total abandono. Cada año, un número más considerable todavía viene a reemplazar a aquéllas cuya espantosa existencia termina.

Para explicar una prostitución tan difundida, es necesario tener presente en el espíritu el inmenso aumento que han tomado las riquezas de Inglaterra desde hace cincuenta años, y recordar que, en todos los pueblos y en todas las épocas, la sensualidad se ha desarrollado junto con la riqueza. El móvil del

comercio se ha vuelto tan poderoso entre los ingleses que ha superado a todos los otros. No hay uno donde el pensamiento dominante no sea otra cosa que el ganar dinero («to make money»). Los hijos menores de las más ricas familias están también en la necesidad de hacer fortuna y ninguno está satisfecho con lo que posee.

El amor al dinero, implantado en el corazón de los jóvenes en la edad más tierna, destruye los afectos de familia así como toda compasión de los males ajenos y no permite crecer ningún sentimiento de amor. El amor no entra para nada en su vida. Es sin amor que seducen a una muchacha, es sin amor que se casan. El joven «se casa con dote», abandona a su mujer y va a dilapidar la fortuna en las casas de juego, los clubes y los «finishes del West-end». Oh, esta vida completamente material de los apetitos y de los intereses es repelente. Jamás sociedad alguna ha presentado un aspecto tan horroroso. El dinero por motor; y para todo goce, el vino y las prostitutas.

En Londres todas las clases están profundamente corrompidas. Durante la infancia el vicio adelanta la edad. En la vejez sobrevive a los sentidos apagados y las enfermedades de la lujuria han penetrado en todas las familias. La pluma se niega a describir los extravíos, las vilezas a las cuales se dejan arrastrar los hombres hastiados de todo, que no tienen sino los sentidos y cuya alma es inerte, el corazón marchito, el espíritu sin cultura. Frente a una tal depravación, San Pablo habría exclamado: «Anatema sobre los fornicadores», y habría huido de esta isla sacudiéndose el polvo de los pies.

En Londres no se tiene consideración por las víctimas del vicio. La suerte de la mujer pública no inspira más piedad que aquella del irlandés, del judío, del proletario y del mendigo. Los romanos no eran más insensibles para con la vida de los gladiadores que perecían en el circo. Los hombres, cuando no están ebrios, rechazan con el pie a las prostitutas y aun les pegarían si no temieran el escándalo, los resultados de una batalla con los mantenidos o la intervención de la policía. Las mujeres honestas tienen por estas desgraciadas un desprecio duro, seco y cruel, y el sacerdote anglicano no es consolador de todos los infortunados como el católico. El sacerdote anglicano no tiene misericordia por la prostituta. ¡Este pronunciará en el púlpito un discurso enfático acerca de la caridad y el afecto que tuvo Jesús por la Magdalena, pero para los millares de Magdalenas que mueren cada día en los horrores de la miseria y del abandono, no hay ni una lágrima! ¡Qué le importan estas criaturas! Su deber es divulgar en el templo un discurso hecho con talento, a día y hora fijos, eso es todo. En Londres la prostituta no tiene derecho sino al hospital, y aun así, sólo cuando encuentra un lugar desocupado.

El amor propio nacional, que nos lleva a desear que el país o la Providencia nos ha hecho nacer sea mejor que todos en la tierra, esta disposición malévolamente hacia los otros países, fruto amargo de las luchas pasadas y que forma el más grande obstáculo al progreso, nos impide a menudo reconocer las causas de los males que el extranjero nos señala. El espíritu de odio se despierta entonces, y nosotros lo aumentamos, añadimos proveyéndole de pruebas por hechos tan manifiestos como las nieblas del Támesis, porque la unidad de interés de las naciones, no siendo todavía concebida sino por un pequeño

número de personas adelantadas, permite que el extranjero que no nos aprueba sea tomado por el enemigo que nos injuria.

La prostitución existe en todas partes, pero en Londres es un hecho tan inmenso, que se la ve como un monstruo que todo lo quiere tragar; y he comprendido colocándome en el punto de vista del vulgo, que probablemente no se querría convenir conmigo en su impotencia, y que el cuadro sería acusador de exageración. Yo pensaba entonces en hacerme de pruebas, de autoridades que confirmasen el testimonio de mis ojos.

Había leído el libro de M. Parent Duchatelet, y sabía que era imposible de llegar a la exactitud matemática en la apreciación de un hecho que escapa a los datos estadísticos, se podría sin embargo, por largas observaciones, acercarse mucho a la verdad. Me informé si se había encontrado en Inglaterra un filántropo lo suficientemente devoto a la humanidad para consagrar su vida al examen de la prostitución de Londres, con aquella indomable obstinación que había tomado Parent Duchatelet al examinar y estudiar la prostitución de París. Se me indicó al Doctor Ryan cuya obra sobre la prostitución de Londres levantó recriminaciones y odios.

El doctor Ryan, autor de varias obras de mérito reconocido y cuya numerosa clientela atestigua su talento, no había tenido necesidad de publicar esta obra para adquirir una reputación. Esta publicación, que debía indignar el espíritu hipócrita de las costumbres inglesas y provocar las vociferaciones de las clases altas a las cuales arrancaba la máscara, es de su parte un acto sublime de sacrificio. El doctor Ryan conocía su país y las consecuencias que debía traer su publicación. Pero dotado de aquel coraje enérgico que planea por encima de los clamores de un mundo corrompido, divulgó atrevidamente los hechos, señaló la corrupción y las vilezas que encierra la ciudad monstruo.

Fue el año pasado que apareció en Londres el libro del doctor Michael Ryan teniendo por título Prostitución en Londres. Esta obra contiene, sobre la prostitución en Londres, los datos más precisos que es posible obtener en el estado actual de la policía inglesa. El doctor Ryan cita con apoyo de hechos, que él adelanta, los informes de «la sociedad por la supresión del vicio» frente al comité del parlamento, en 1837 y 1838; los de la policía metropolitana, en 1837 y 1838; aquellos de la sociedad de Londres «para prevenir la prostitución de la infancia», en 1836, 1837 y 1838; los informes de M. Talbot, secretario de esta sociedad, y de los comisarios de policía frente al parlamento, y en fin aquellos del ministerio del interior, en 1837 y 1838.

Resulta de estos documentos que en 1793 M. Colquhoun, hombre de mérito y magistrado de policía, después de haberse entregado a largas investigaciones, evalúa en cincuenta mil el número de las prostitutas en Londres; pero esto no es sino una evaluación, porque aún en el presente, que la policía está mejor organizada, no hay ningún medio para llegar a la exactitud en este caso. Desde 1793 la población de Londres ha doblado, se puede por lo tanto suponer que el vicio ha seguido una proporción más fuerte, teniendo en cuenta que la desigualdad en la repartición de la riqueza se ha mantenido a la misma altura, y que la producción no ha crecido en razón de la población, que los salarios han

disminuido en consecuencia, y que ninguna mejora real de la suerte del proletariado ha sido efectuada todavía por el gobierno. Mientras tanto el doctor Ryan, de acuerdo con los datos que ha recogido de los magistrados de la policía y de los señores Prichard y Talbot, secretarios de las sociedades arriba mencionadas, estima que existe en Londres de 80 a 100,000 mujeres públicas, cuya mitad -otros afirman que las dos terceras partes- están por debajo de los veinte años.

No es sino por aproximación que se puede evaluar la duración media de su existencia; porque hasta 1838 no existía en Inglaterra ley que obligara a registrar a los muertos. Clarke, el último Chamberlain de la ciudad de Londres, evalúa en cuatro años la vida de la prostituta, otros la evalúan en siete años, mientras que la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud» estima que en Londres la mortalidad anual de las mujeres públicas es de ocho mil. Talbot piensa, a juzgar por el resultado de sus investigaciones, que existen en Londres cinco mil «casas de perversión»: tantas como establecimientos donde se vende el «gin» (ginebra). Ryan evalúa que en Londres hay cinco mil individuos, hombres o mujeres empleados en proveer de mujeres a las casas de perversión, y cuatrocientos o quinientos que él designa bajo el nombre de «trapanners» ocupados en tender redes a las muchachas de diez a doce años para atraerlas de «grado» o por «fuerza» a estas espantosas cavernas. El evalúa que 400,000 personas están implicadas, directa o indirectamente, en la prostitución, y que 8,000,000 de libras esterlinas (400,000.000 de francos) son anualmente gastados en Londres en este vicio.

Ha sido en mayo de 1835 que fue instituida la Sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud». En su llamado al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres. Afirma que existen escuelas donde la juventud de los dos sexos es preparada para el hurto y para todos los actos de inmoralidad; que la prostitución y el robo son «abiertamente propiciados» por aquellos que aprovechan de ello, que en fin el crimen es organizado regularmente, y dirige un llamado a los ciudadanos acerca de los más atroces de los atentados que se cometen impunemente a pleno día en las calles de Londres, para alimentar el más infame de los comercios. Existe, dice aquél, un gran número de hombres y de mujeres cuyo comercio consiste «en vender a las muchachas de diez a quince años que han atrapado en sus redes». Las muchachas, atraídas bajo diversos pretextos a las casas de delito o de perversión, mantenidas a título privado durante quince días, son perdidas para siempre por sus parientes.

En mayo de 1836, el comité de la Sociedad, en la cuenta rendida de sus trabajos hacen notar «que sea cual sea la pena que todo hombre moral experimenta con la visión de las escenas de vicios que se muestran sin disimulo en la metrópoli, no obstante el espectáculo más indignamente ofrecido por el espantoso crecimiento de la prostitución de la juventud. De noche, y aún en pleno día, las calles son recorridas por los desgraciados muchachos desviados de la senda de la virtud, de la protección de sus padres, por los impíos que los han llevado a su destrucción con el objeto de hacer una ganancia y que sin embargo permanecen sin castigo».

Entre las muchachas seducidas a las cuales el comité vino en ayuda durante el primer año de su ejercicio, hago notar el caso de una muchacha de trece a catorce años. El tratante de esclavos que la hubo pervertido y en cuya casa ella estaba retenida, llevado al juicio, ha sido absuelto. Por lo demás, en las cuentas rendidas a la Sociedad, para los años 1837 y 1838, se cuentan varios hechos de la misma especie y los traficantes de carne humana han sido condenados a «algunos meses de prisión».

Después de haber referido algunos de los medios de atracción empleados con las muchachas que ha socorrido, el comité añade: «los numerosos artificios usados para atraer al remolino de miseria, a los muchachos de los dos sexos sin experiencia son tan complicados, tan variados, que sería imposible de detallarlos. Es por ello que hablaremos solamente del trato que sufren aquellas criaturas infortunadas cuando caen en la trampa. Tan pronto como la joven entra en una de esas tabernas, se le despoja de sus vestidos, de los que se apodera él o la regente del establecimiento. Se la viste con trajes rutilantes que han formado el vestuario de las mujeres ricas y que los ropavejeros proporcionan. Las residentes son informadas de que cuando no atraen más público a la casa, su amo las enviará a recorrer las calles, donde se les hace vigilar de tal manera que les es imposible escapar; si ella lo intenta, el espía, hombre o mujer, que la sigue la acusa de robar al amo de la casa los vestidos que lleva. Entonces el «policía» la detiene, algunas veces la lleva a su estación, pero más frecuentemente éste devuelve a la esclava fugitiva a su amo por lo cual recibe una recompensa. De vuelta a su infame residencia, la desdichada es cruelmente tratada. Despojada de todo vestido, es dejada todo el día, «enteramente desnuda» a fin de que no pueda escaparse, a menudo incluso es «privada del alimento». Llegada la noche, se le vuelve a poner sus ropas y se la envía a pasear las calles siempre vigilada por un espía; es severamente castigada si, en esas caminatas nocturnas, no lleva a la casa a un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un centavo del dinero que recibe.

Las casas de prostitución son prohibidas en Inglaterra, pero es difícil probar su existencia. Aquellos que las frecuentan, contenidos por la vergüenza, no llevarían testimonio a la justicia; y la policía no pudiendo introducirse en esas casas sino cuando se cometen desórdenes, no sabría constatar el delito. Los vecinos solamente pueden hacerlas suprimir por los oficiales de la parroquia, acusándolas de crear problemas y alterar la tranquilidad del barrio.

Por lo demás, la prohibición de la ley es absurda; porque siendo la prostitución un resultado forzoso de la organización de las sociedades europeas, a disminuir más bien la intensidad de las causas que la provocan a reglamentar su uso es a lo que actualmente deben tender los gobiernos.

De los informes de 1827 y 1838, el comité de la Sociedad da cuenta de las pesquisas que ha dirigido contra los regentes de las casas de prostitución y de los individuos que envician y corrompen a las muchachas; pero las penas incurridas por mantener esas casas, por desviar y pervertir a las muchachas de diez a quince años, no exceden «un año de prisión» y más corrientemente no se espera los seis meses. Ocurre incluso que los acusados son devueltos de la

querella, teniendo en cuenta que esos muchachos de los «dos sexos, de diez a quince años», encontrados en una de esas casas «han consentido ya sea en ir allí o en quedarse». Tal es la legislación que protege a la familia del proletario. En cuanto a las muchachas de los ricos, constantemente bajo los ojos de personas que cuidan de ellas, son poco expuestas a estas seducciones.

La depravación está en tal forma extendida y el precio que se obtiene por las muchachas es tan elevado, que no hay astucia a la cual no se recurra para procurárselas. En 1838, el comité de la Sociedad llamó la atención del patriotismo, de la virtud, de la religión y de la humanidad sobre los esfuerzos desvergonzados que se hacían continuamente para alimentar el enviciamiento de nuevas víctimas. ¡Apenas se puede pasar por una calle sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio! Numerosos agentes son empleados en captar, en atrapar de mil maneras a las inocentes jóvenes sin experiencia, y los arrabales, los bazares (mercados), los parques, los teatros, les proporcionan sin cesar nuevas presas. Vuestro comité tiene además pruebas, añade aquél, que le permiten afirmar que los regentes de las casas de perversión y sus agentes tienen también la costumbre de dirigirse a las casas de trabajo y a los establecimientos penitenciarios y que de allí obtienen muchachas frecuentemente. (Your committee have authority for stating, that the keepers of brothels and procurers, are frequently in the habit of obtaining females from the workhouses and penitentiaries).

A pesar de la máscara de hipocresía que continúan manteniendo las gentes de las clases altas, con el propósito de hacer durar el fanatismo entre el pueblo, ellas apenas se han mostrado poco dispuestas a secundar los esfuerzos de la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud»; mientras que desde hace treinta y siete años que existe la Sociedad para «la supresión del vicio» que se dedica solamente a perseguir a personas, «no observantes del domingo o a los vendedores de publicaciones obscenas y a los adivinadores de la buena suerte», es de advertir que esta sociedad ha encontrado constantemente ayuda y apoyo en todas partes, porque se puede dormir bien el día domingo en los sermones de los reverendos, renunciar a las pinturas del Aretino y cuidar sus vicios. Además, suscribiendo por una sociedad que tiene la pretensión «de trabajar por la supresión del vicio» se adquiere la reputación de «virtuoso», reputación a la cual el robert-macairisme inglés se atiene mucho.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución de la juventud decía en mayo de 1838: «mientras que los miembros del comité perseguían la ejecución de las operaciones comenzadas, han debido luchar contra obstáculos de naturaleza poco ordinaria; estos obstáculos provienen de la apatía y de la indiferencia casi universal que reinan sobre el objeto de la Sociedad. Los miembros de vuestro comité han sido acogidos en su trayectoria por las burlas y el desprecio de un mundo profano e inmoral, por las censuras y desaprobaciones de aquellos que creen que el libertinaje «es necesario» para el bienestar de la sociedad, por la desatención desdeñosa y la negligencia de los hombres religiosos. Ellos no han encontrado en ninguna parte ayuda o aliento. Pero en medio de las repulsas despectivas e impías de aquellas gentes, de las pullas y de las risas de todos, han tenido el coraje de perseverar, sostenidos por la conciencia de la importancia de los objetivos que se

perseguía fueran cumplidos, y por las simpatías y atenciones afectuosas de sus suscriptores.

La depravación inglesa no produce nada más odioso que esos monstruos de los dos sexos que recorren Inglaterra y Europa continental, tienden sus redes a la niñez, luego retornan a Londres a vender a esta virtuosa aristocracia, a aquellos enriquecidos del comercio, las muchachas que han arrebatado al afecto de sus padres, excitando insidiosas esperanzas a través de atroces mentiras, o de las cuales se han apoderado furtivamente por las redes que han tendido a las muchachas mismas. Algunos de estos agentes frecuentan las respetables clases de la sociedad inglesa. Aquellos, dedicados a los mercados de esclavos del west-end, a menudo son enviados a diversas ciudades y aldeas del continente, a Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Estos tratan con los padres, comprometen a las muchachas en calidad de bordadoras, modistas, lenceras, músicas, damas de compañía, domésticas, etc., para evitar las sospechas. Llegan a veces hasta dar adelantos a los padres, y cuando se han procurado un cierto número de muchachas, regresan a Londres.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución intentó, en 1837, demandas judiciales contra una francesa llamada Marie Aubrey, que fue obligada a abandonar su infame comercio y salvarse en Francia para escapar a algunos meses de prisión. «Su casa estaba situada en Seymour-place, Bryanstone-square. Este establecimiento tenía una gran reputación en el mundo elegante. Visitado por algunos de los extranjeros más distinguidos y del gran mundo del west-end, estaba construido con un lujo que rivalizaba con las más ricas y las más nobles familias. La casa tenía doce o catorce piezas, independientemente de aquellas consagradas a los usos domésticos. Cada una de estas piezas estaba amoblada con un gusto exquisito y con todo lo que existía de más a la moda. El salón, muy amplio, estaba elegantemente adornado. Una profusión de lienzos, entre los cuales se encontraban pinturas de gran precio, decoraban sus muros. En una palabra, el mobiliario de esta casa era extremadamente rico. Marie Aubrey tenía para el uso de los altos personajes que recibía, un servicio de piezas de platería y vajilla de plata de un gusto exquisito. En el momento en que las acciones contra ella fueron comenzadas, había en su casa doce o catorce jóvenes de Francia y de Italia. Marie Aubrey tenía un médico adjunto a su establecimiento, que vivía en la vecindad al que ella empleaba también como su agente. Ella lo enviaba frecuentemente a Francia, a Italia, y cuando él estaba en Londres, él visitaba las aldeas de los alrededores en busca de muchachas jóvenes. Marie Aubrey vivió muchos años en esta casa, donde amasó una fortuna considerable. Luego de su partida, el personal fue despedido y se vendió el mobiliario. Cuando ella recibía una nueva importación de muchachas, enviaba una circular a los señores que tenían el hábito de visitar su establecimiento.

«Hay actualmente en la metrópoli un gran número de jóvenes mujeres de Francia, de Italia y de otras partes del continente. Muchas de ellas han sido separadas de su familia e introducidas en la senda de la iniquidad por Marie Aubrey y sus infames agentes. Vuestro comité conoce un número considerable de casas de esta especie en el west-end cuyas circulares están en mi poder. Ellas siguen en todo el mismo plan de Marie Aubrey, y por medio de las

direcciones que presenta «guide de la cour», ellas envían anuncios de todo género relativos a sus establecimientos a todos sin distinción (nobility and gentry).

Vuestro comité desea exponer en esta asamblea los medios empleados por los agentes de esas casas. Tan pronto como llegan a ciudades del continente, se informan de las familias donde se encuentran las señoritas que buscan colocarse en posiciones respetables, luego se introducen en esas familias y por medio de bellas promesas, inducen a los padres a consentir que sus hijas les acompañen a Londres, donde está convenido que deben ser colocadas en calidad de bordadoras, modistas, floristas o de tal otra profesión de mujeres. Una suma de dinero es dejada a los padres, como garantía para la ejecución del compromiso. Algunas veces está aún estipulado que una parte determinada de los salarios de sus hijas les será enviada todos los trimestres. Y mientras ellas se quedan en el establecimiento que les ha hecho venir, la parte de los salarios prometida es exactamente enviada a los padres, que sin sospechar reciben así los socorros de la prostitución de sus hijas. Cuando ellas dejan la casa, se escribe cartas a sus padres para informarles que sus hijas han dejado su oficio. En consecuencia, las remesas de dinero cesan, pero no se olvida de decirles que están muy contentas de haber encontrado otra posición no menos respetable para sus hijas y que están muy bien».

La profunda corrupción de las clases ricas, los altos precios que pagan, protegen y fomentan este infame comercio. Talbot dice: «en los serrallos del west-end, las esclavas de las nuevas importaciones se pagan de veinte a cien libras esterlinas. Y si se reflexiona en el lujo de esas casas, en la enormidad de sus gastos, en los gastos del viaje de sus agentes, se concebirá que ese precio no es exagerado. Cuando esas jóvenes, conocidas por todos los concurrentes asiduos no excitan más su capricho se las pasa a un establecimiento de segundo orden, y al cabo de un año o dieciocho meses, las desgraciadas mueren en algún hospital o son abandonadas a su suerte en las calles».

La demanda de estas muchachas es tan considerable, que por todas partes, las redes son echadas para atraparlas y sorprenderlas en falta por aquellos que las vigilan. Las mujeres, dice M. Ryan, acechan en las agencias de los coches públicos a las jóvenes que vienen a Londres para colocarse y les ofrecen un alojamiento. Otras se presentan en las casas de trabajo y en los hospicios bajo el pretexto de alquilar sirvientas y obtienen a menudo que se les confíe las muchachas. Estas mujeres están bien vestidas y se imponen por su tono. En los mercados mantienen conversación con las muchachas de las tiendas, frecuentan los establecimientos de moda y todos los talleres de mujeres, atrayendo a sus casas por mil astucias a las jóvenes aprendices. Aquellos que las emplean las hacen viajar y van hasta a ochenta millas de Londres en busca de víctimas.

Talbot dice «que entre las formas, que emplean aquellas infames casas para llenar los vacíos frecuentes que la enfermedad y la muerte ocasionan en el establecimiento, y para subvenir el crecimiento de las demandas, está el hacer recorrer las calles por jóvenes de dieciocho años para engañar con lisonjas a las muchachas que encuentran. Les proponen venir con ellas a ver un pariente,

dar un paseo agradable, asistir a cualquier cosa interesante, les invitan a un teatro o les ofrecen un buen empleo. Ellas cumplen este oficio a pleno día y también por la noche, y recurren a los artificios más sutiles para determinar a las muchachas a seguirlas. El domingo es el día que estos miserables escogen como predilecto. Acechan a las muchachas a las salidas de los colegios dominicales y las atraen a sus guaridas. ¡Creo aún poder afirmar que las muchachas han sido sacadas del mismo colegio, a la vista de sus profesores y de sus camaradas que no tenían ninguna idea que un sistema tan execrable fuera puesto en ejecución! Tan pronto como están en posesión de las muchachas, ellas son «vendidas» y su «ruina» es efectuada a menudo por algunos de aquellos viejos pervertidos de cabeza blanca que dan por ellas premios enormes». Talbot cuenta numerosos hechos, llegados a su conocimiento, de niñas de diez a once años que son violadas en malos lugares. Estos crímenes se cometen habitualmente y son tan poco reprimidos, que los amos de aquellos establecimientos, dice siempre Talbot, pasan alrededor de los mercados con los cocheros y éstos les llevan a «tanto por cabeza» muchachas del campo de diez a catorce años que han comprometido bajo diversos pretextos a venir a Londres. Estos cocheros han sido llevados a menudo hasta los magistrados de la policía por crímenes de ese género; pero por la imperfección de la ley, cuando son castigados no es sino con una pena ligera.

«De los testimonios que tengo en mi posesión, dice Talbot, resulta que hay un gran número de dueños de casas malas que atraen muchachos a ellas. Es un hecho constante y pienso ser exacto evaluando que, sobre cinco mil establecimientos, dos mil fomentan el libertinaje de los muchachos.

«Sunt lupinaria nunc inter nos, in quibus utuntur pueri vel pulleae». Talbot me indicó los lugares, dice el doctor Ryan; pero no puedo permitirme el publicarlos.

«Los muchachos de los dos sexos que están en estas infames y horribles guaridas han sido tomados en su mayor parte cuando miraban las vitrinas de las tiendas con pinturas indecentes y han gastado hasta diez libras esterlinas para convertirse en amo de un joven».

No pudiendo la policía introducirse en una casa cualquiera a menos que los gritos y el ruido no proclamen los desórdenes hasta afuera, resulta que con la excepción de estos establecimientos, interesados en fundar su reputación en el mundo elegante, la mayor parte de las casas de perversión tienen un acceso peligroso. Ellos ofrecen refugio a rateros y ladrones de toda especie. Los encubridores son frecuentemente llevados frente al magistrado por querellas, desórdenes y bajo la acusación de robo. En esas guaridas, los ladrones vienen a esconderse y comparten los robos obtenidos por la depredación. Los encubridores trafican con los objetos robados y vienen en ayuda de los ladrones cuando estos son detenidos. Entonces dan dinero para trastornar el curso de la justicia y tienen éxito a menudo en hacerlos absolver. Las prostitutas tienen casi todas por sostenedores a los industriales que frecuentan esas casas. Los ladrones pasan allí la noche y a la menor señal están prestos a precipitarse sobre la víctima para despojarla y hasta asesinarla.

El doctor Ryan habla de un barrio de Londres llamado Fleet-Ditch, donde casi todas las casas son guaridas espantosas. Un acueducto de anchas dimensiones lo atraviesa y descarga muy lejos, en el Támesis. Asesinos y bandidos de toda especie que habitan estas casas arrojan los cadáveres de sus víctimas a este acueducto, sin correr el menor riesgo de ser descubiertos. Se me ha asegurado, añade el doctor Ryan, que dos individuos de gran influencia en la ciudad de Londres, que poseen dos casas en los alrededores de ese barrio, valiendo cada una apenas treinta libras esterlinas por año, las alquilan a dos libras esterlinas por semana «como casas malas del último rango». Y las rentas de las casas del lugar varían de 100 libras esterlinas a 500 por año, sin incluir la prima de entrada de 100 a 300 libras esterlinas exigida para el consentimiento del propietario a un establecimiento de primer orden. Y el doctor Ryan cuenta la historia de dos caballeros que se habían dejado atraer para pasar la noche en una casa mala situada en un infame square, y que tuvieron en la mañana que sostener una dura lucha contra los sostenedores de sus sirenas.

Independientemente de las casas de perversión que se encuentran en todas las calles de Londres, donde las prostitutas llevan a los hombres a los que han echado guante y en las que habitan buena cantidad de ellas, existen en ciertos barrios las Lodginghouses casas de alojamiento, regentadas por encubridores, donde se refugian ladrones de toda especie. Un buen número de estas casas contienen cincuenta camas ocupadas por personas de los dos sexos. En algunas de estas casas se reciben sólo a los ladrones muy jóvenes, a fin de que no sean maltratados por los más fuertes. No teniendo estos jóvenes menos maña, astucia y conocimiento del oficio que cualquier ladrón, el regente desea sacar el máximo provecho posible de todos sus robos y no admite en su casa a los hombres para los cuales los muchachos trabajan. Las mujeres tampoco quedan excluidas, para hablar más exactamente las muchachas de diez a quince años, porque es raro que la compañera del ladrón llegue a la edad de mujer. Estas muchachas son admitidas como «amantes de los muchachos» que las llevan. Las escenas de depravación que ocurren en estas guaridas, dice el doctor Ryan, son indescriptibles y serían increíbles si se les describiera.

Casi todos los muchachos de doce a quince años enviados a las prisiones han tenido relaciones con las prostitutas y son visitados diariamente por sus amantes quienes dicen ser sus hermanas. Talbot evalúa que hay en Londres trece mil a catorce mil prostitutas jóvenes, prostitutas de diez a trece años, que se renuevan sin cesar. Dice que el hospital de Guy ha tenido en el lapso de ocho años a dos mil setecientos pacientes por enfermedades venéreas, de diez a quince años de edad, y que un número bastante mayor de muchachos de esa misma edad habían sido rechazados por falta de lugar para recibirlos. He visto, añade Talbot, hasta treinta casos en un día, despachados por no poder ser atendidos aunque estuviesen en un estado tan lastimoso que apenas podían caminar.

El doctor Ryan dice también que un gran número de solicitudes de ingreso al hospital son dirigidas diariamente al Metropolitan free hospital por muchachas de doce a dieciséis años afectadas por enfermedades sifilíticas. A menudo me he asombrado, continúa el doctor Ryan, en los hospicios y otros lugares de

caridad pública a los cuales he asistido como médico, del gran número de jóvenes que se presentaban para consultar sobre las enfermedades venéreas.

Existen en Londres cinco instituciones para ir en socorro de las prostitutas que deseen de dejar su horrible carrera. Pero los esfuerzos de estas sociedades son en general demasiado mal dirigidos y sus medios demasiado restringidos para poder efectuar el bien. El número total de prostitutas, a las cuales los cinco asilos les ofrecen anualmente refugio, no excede de quinientos. ¡Es solamente a quinientas de estas desdichadas que las cinco sociedades vienen a ayudar y le proporcionan una colocación más honrada! La única sociedad que ataca a la depravación en su origen es aquella para prevenir la prostitución de la niñez. Esta sociedad se sirve activamente de las leyes existentes pero así y todo, con todo su celo, no puede sino débilmente limitar el crimen, tanto como resultado de la insuficiencia, de la asistencia que recibe, como por la legislación. Así el regente de una casa de perversión que ha capturado y pervertido a menores para entregarlos a la depravación, quedará libre si es detenido, después de ocho o diez días de prisión; mientras que una mujer del pueblo o cualquier otro individuo detenido vendiendo frutas o cualquier otra cosa sobre la vereda será castigado por una prisión de treinta días. Mientras que el simple encarcelamiento de algunos días para el regente de la casa de perversión, no es sino una pena ligera; es indiferente a todo sentimiento de vergüenza; sus asociados no tienen para él menos consideraciones y encuentra al contrario simpatía entre ellos: hacen gestiones para acortar su detención y vienen a hacerle compañía para endulzar el tedio. Mientras que para las muchachas virtuosas (culpables solamente de una violación de la ley) treinta días de prisión son casi inevitablemente su ruina completa. Pero qué importa el hijo del proletario, su mujer o su hija. El tendero está interesado en que no se venda nada sobre la vía pública. El tendero, el regente de la casa de perversión tienen derechos políticos, son electores, jurados, y el proletario, su mujer y sus hijos caen casi siempre a cargo de las parroquias. Evidentemente la demanda anual de ocho a diez mil menores por la lujuria de los ricos, entran en el sistema de Malthus para la disminución de la población, y bajo este punto de vista el regente de la casa de perversión es un hombre de respetabilidad, un hombre útil al país.

Primera vez publicado: *Promenades dans Londres*. París: H.L. Delloye, 1840.
Versión en castellano: *Paseos en Londres*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1972.

Versión Digital: [Paseos en Londres](#), edición en formato pdf en [Biblioteca Digital Andina](#) de la [Comunidad Andina](#), en base a la edición en castellano de 1972 suministrada por la Biblioteca Nacional del Perú. Esta edición: Marxists Internet Archive, enero de 2008, tomada de la versión digital citada.

Flora Tristán

de

Paseos en Londres (1840)

XVII

Las mujeres inglesas

¡Qué indignante contraste hay en Inglaterra entre la extrema servidumbre de las mujeres y la superioridad intelectual de las mujeres autoras! No existen males, dolores, desorden, injusticia, miserias resultantes de los prejuicios de la sociedad, de sus organizaciones, de sus leyes, que hayan escapado a la observación de las mujeres autoras. Es un fenómeno brillante los escritos de estas inglesas que aclaran el mundo moral con tan vivo resplandor, y sobre todo cuando se considera la educación absurda que ellas han debido sufrir, y la influencia embrutecedora del medio en el cual han vivido.

Es suficiente residir algunos meses en Inglaterra para ser impresionado por la inteligencia y la sensibilidad de las mujeres, además son capaces de una atención sostenida y tienen memoria; con estas disposiciones no hay nada de inaccesible en la esfera intelectual. Ellas son nobles y grandes a su manera, pero ¡ay!, todas estas bellas cualidades nativas son ahogadas por un sistema de educación fundado sobre falsos principios y por la atmósfera de hipocresía, de prejuicios y de vicios que rodean su vida.

La existencia de las inglesas es todo lo que se puede imaginar de más monótono, de más árido y de más triste. Para ellas, el tiempo no tiene medida y los días, los meses, y los años no traen ningún cambio a esta agobiante uniformidad.

Las jóvenes son educadas según la posición social de sus padres; pero cualquier rango que deban ocupar está siempre bajo el imperio de los mismos prejuicios con que se dirige la educación.

En este país del despotismo más atroz, y donde ha estado de moda mucho tiempo el alabar la libertad, la mujer está sometida por los prejuicios y la ley a las desigualdades más indignantes. Ella no hereda sino cuando no tiene hermanos; está privada de derechos civiles y políticos, y la ley la sujeta en todo a su marido. Formada bajo la hipocresía, llevando sobre sí el yugo pesado de la opinión, todo lo que impresiona a sus sentidos al salir de la infancia, todo lo que desarrolla sus facultades, todo lo que ella sufre tiene como resultado

inevitable el materializar sus gustos, el entorpecer su alma y el endurecer su corazón.

Los novelistas ingleses, conmovidos con las escenas que veían en el interior de las familias, han soñado otras en las cuales han creado sobre el testimonio de su imaginación. También en tanto que son verdaderas cuando pintan las ridiculeces del común de los «gentlemen», los santurriones pretenciosos de la burguesía, las tiranías del padre y del esposo, el insultante orgullo de los superiores, la bajeza de los subalternos, otro tanto se alejan de la realidad en sus lienzos de felicidad doméstica. ¡La felicidad sin la libertad! ¡La felicidad por lo tanto jamás ha existido en la sociedad del amo y del esclavo!

He aquí como ocurren las cosas en las familias que gozan de bienestar.

Los niños están confinados al cuarto piso con su ama o aya. La madre los pide cuando quiere verlos y solamente entonces los niños vienen a hacerles una corta visita durante la cual la madre les habla en tono ceremonioso. La pobre niña estando así privada de caricias, sus facultades amantes quedan inertes; ella ignora enteramente la dulzura de la intimidad, de la confianza, del esparcimiento, que toda niña naturalmente espera tener de parte de un padre que la quiera. Tiene por su padre, al que apenas conoce, un respeto mezclado de temor y por su hermano una consideración y una deferencia que, desde muy corta edad, se le obliga a mostrarle.

El sistema seguido por la educación de los jóvenes me parece que tiene por objeto embrutecer al muchacho más inteligente.

Jacotot dice: todo está en todo. La educación inglesa parece mostrar, al contrario, que en el todo no hay nada. No se ocupa sino de imprimir sobre los jóvenes cerebros palabras de todas las lenguas europeas; en cuanto a las ideas nada cambia. En esta extravagante manía la barbarie iguala a la estupidez. Se da a un niño una nodriza alemana, una institutriz francesa, una ama española, a fin de que aprenda desde la edad de cuatro a cinco años tres o cuatro lenguas. He visto a unas pequeñas criaturas de estas, cuya suerte era verdaderamente digna de compasión; no podían hacerse comprender por las personas que las rodeaban. Toda travesura, toda gracia en el lenguaje les estaba terminantemente prohibido. Incapaces de comunicarse verbalmente, estaban obligados a hacerse comprender por signos. Este estado hacía nacer, según la naturaleza de las organizaciones, la irritación o la apatía: las unas eran vocingleras, irritables, perversas; las otras silenciosas y tristes. El niño forzado a sobrecargar su memoria de palabras de tres o cuatro lenguas no adquiere sino una concepción confusa del sentido que las palabras expresan; retiene el oral y deja escapar la idea que representa. La memoria de las palabras se desarrolla fuera de medida, pero la inteligencia necesaria para concebir el pensamiento se destruye. El conocimiento de las lenguas es, sin duda, necesario para un pueblo cuya codicia invade la tierra entera; pero es preciso antes subordinar toda especie de instrucción al desarrollo de la organización; luego considerar la utilidad del lenguaje que se hace aprender al niño. Es raro, sino imposible, que se pueda expresar con pureza y elegancia en tres o cuatro lenguas. Ahora bien, como las locuciones son irregulares e

incorrectamente unidas al acento extranjero chocan en todo país y como las mujeres raramente son llamadas a tener relaciones de asuntos con las naciones extranjeras, pienso que en general existe para ellas cosas más útiles de aprender.

Todo el que aprende, es enseñado con el mismo método de las lenguas. Es preciso que la joven aprenda música, aunque tenga o no aptitud para este arte; que dibuje, que dance, etc. Resulta de esta educación que las señoritas saben un poco de todo y no tienen en nada un talento con el cual se puedan servir aunque fuera para distraerse. Sin embargo se encuentran excepciones, pero son raras. [180]

En cuanto a la educación moral, ella se forma en la Biblia. Este libro encierra buenas cosas. Todo el mundo está de acuerdo; pero qué de impurezas, de historias indecentes, de imágenes obscenas que habría que quitar para poner en manos de la juventud, si se quiere evitar que su imaginación ensucie y que vea la justificación de todas las acciones que la sociedad reprueba: el robo, el asesinato, la prostitución, etc. Porque, digan lo que digan los reverendos, la educación por las escrituras es la más antisocial de las educaciones. Entre las mil y mil contradicciones inglesas aquella no es la menos chocante. Exigir que una joven sea pura, casta, inocente y prescribirle la lectura de un libro donde se encuentran las historias de Lot, de David, de Absalón, de Ruth, el cantar de los cantares etc.; y cuando sepa las predicaciones de San Pablo sobre los fornicadores, que su memoria será adornada de escenas de violaciones, de amor adúltero, de prostitución y de orgía que representa la Biblia y las expresiones de las cuales se sirve el santo libro, se le dirá que no debe pronunciar las palabras camisa, calzoncillos, calzón, muslo de pollo, perra, etc. Es por lo tanto la apariencia de castidad, de inocencia, y la realidad del vicio lo que se enseña a las jóvenes, así como se enseña al pueblo la apariencia de religión y la realidad de la ociosidad y de los desórdenes que ella produce prescribiéndole la observación del domingo. ¡Cosa extraña! La moral no existe de ninguna parte; no se cree más en la castidad, en la probidad y en ninguna de las acepciones de la palabra virtud. Nadie se deja engañar por las apariencias, y sin embargo ellas continúan envolviendo las costumbres nacionales.

Las jóvenes tienen muy pocas distracciones. Como el interior de las familias es frío, árido y mortalmente pesado, se lanzan impetuosamente a la lectura de novelas. Desgraciadamente estas novelas ponen en primer plano amantes tales que Inglaterra no los presenta, y la influencia de esta lectura hace nacer esperanzas que no podrían realizarse. La imaginación de las jóvenes toma un cariz novelesco, ellas no sueñan sino en el rapto, pero con la particularidad que caracteriza este siglo de confort, de comodidad y de lujo, que el raptor debe ser hijo de un nabab o de un lord, heredero de una inmensa fortuna y que el rapto se haga en una soberbia calesa de cuatro caballos. Las jóvenes ricas lejos de responder a los deseos de que son objeto, tienen los sentidos cerrados, el corazón endurecido, y su espíritu frío y positivo, somete todo al cálculo. Las decepciones que experimentan estas señoritas no tendrían lugar si se les hubiera dado el gusto de los goces intelectuales, inspirado en el desprecio por las satisfacciones de la vanidad y ellas hubiesen sido formadas en el hábito de

vivir de poco. Si se les hubiera explicado el Evangelio, ellas sabrían que las grandes riquezas corrompen el corazón casi siempre, y ellas no desearían en lo menor ser amadas por jóvenes que pasan su vida en las casas de juego y mezclados con las prostitutas. Estas señoritas, después de esperar vanamente, la calesa de cuatro caballos, llegadas a la edad de veintiocho y treinta años, se casan con los pequeños negociantes, con los empleados pobres o con los equivalentes. Muchas también quedan señoritas.

A la verdad, la suerte de la mujer casada es mucho más triste que la de la muchacha soltera. Por lo menos esta goza de una cierta libertad, puede salir al mundo, viajar con parientes y amigos, mientras que una vez casada, no pueden salir sin el permiso de su marido. El marido inglés es el tipo de señor y amo de los tiempos feudales. Se cree y ello de buena fe, en el derecho de exigir a su mujer la obediencia pasiva del esclavo, la sumisión y el respeto. Aquel, la encierra en su casa, no porque es amoroso y celoso como el turco, sino porque la considera como su cosa, como un mueble que no debe servir sino para su uso, y a quien debe siempre encontrar bajo su mano. No entra de ningún modo en sus ideas el deber de la fidelidad a su mujer. Esta manera de ver, que deja el campo libre a las pasiones, muchos la motivan sobre la Biblia. El marido inglés se acuesta con su sirvienta, la arroja cuando está encinta o va a dar a luz, y no se cree más culpable que Abraham enviando al destierro a Agar y a su hijo Ismael.

La mujer, en Inglaterra, no es en lo menor como en Francia, el ama de casa, ella es casi siempre enteramente extranjera. El marido tiene el dinero y las llaves, él es el que ordena los gastos, contrata o despide a las domésticas, ordena el almuerzo todas las mañanas, invita a los comensales; él solo decide la suerte de los niños; en una palabra, se ocupa exclusivamente de todo. Muchas de las mujeres no saben con precisión qué género de asuntos tienen sus esposos, a qué profesión son destinados sus niños y generalmente ignoran el estado de su fortuna. La mujer inglesa no pregunta jamás a su marido lo que él hace, qué sociedad ve, como gasta él, y dónde pasa su tiempo. No hay una sola mujer que ose permitirse el dirigir muchas preguntas. De esta extrema dependencia, de este respeto, de las mujeres inglesas por la voluntad de su señor y amo, a la familiaridad, al interés activo de las mujeres francesas para con sus maridos, hay todo el espacio que separa la civilización francesa de hoy día de la de San Luis. La mujer inglesa no tiene garantía alguna para su fortuna y puede ser despojada de ella sin saberlo. Es por el periódico ordinariamente que ella sabe que su marido ha tenido pérdidas, que está arruinado, y a veces que se ha levantado la tapa de los sesos.

He dicho ya que es de costumbre que los niños vivan con su aya en una pieza aparte; la madre no va ahí jamás. No es de ella que aprenden a hablar, no es ella la que desarrolla gradualmente su espíritu y su corazón. Cuando la aya o gobernanta le lleva los niños al salón, ella examina si están bien limpios, si sus vestidos están frescos; terminada esta inspección, ella los abraza y los despide hasta el día siguiente. Cuando están más grandes, los niños viven en pensión, la madre entonces no los ve sino raramente, y una vez casados, las relaciones cesan casi enteramente: se escriben y eso es todo. Esta frialdad, esta indiferencia como madre y esposa, no resulta solamente de la educación

petrificante que ha sufrido, es también la consecuencia, natural de la posición que la mujer inglesa ocupa en la casa conyugal: ¿qué interés puede tomar en una asociación que se conduce en todo sin que su voluntad y sus consejos participan en nada? ¿La buena o mala fortuna del amo no deja siempre a los esclavos en una indiferencia completa?

Creo adivinar aquello que les ha valido, a estas mujeres la reputación, de mujeres de entre casa es su vida sedentaria. En efecto, como suponer que quedándose siempre en casa no se ocupen de algo. Sin embargo eso es lo que tiene lugar: no solamente las mujeres inglesas no hacen nada en su casa, sino que todavía piensan y creen rebajarse a la condición de obreras si agarran una aguja; para ellas el tiempo es una carga abrumadora. Se levantan muy tarde, desayunan lentamente, leen los periódicos, se visten; después a las dos, llega la segunda comida. Después leen la novela y escriben cartas de doce a quince páginas. Para comer hacen un segundo arreglo personal. Después de la comida, hacia las siete o las ocho, toman el té siempre muy lentamente. A las diez de la noche, cenan y finalmente se quedan solas en un rincón de la chimenea.

Nada manifiesta tanto el materialismo de esta sociedad inglesa que el estado de nulidad al que los hombres reducen a sus compañeras. ¿Las cargas sociales no son comunes a la mujer tanto como el hombre, para que estos señores creen poder excluirla y la condenan a vivir la vida de la planta? ¡Oh! ¡Es preciso convenirlo, la educación bíblica produce maravillosos efectos! ¿Este orden inglés no hace la sátira más amarga del matrimonio indisoluble? ¿Podrá inventarse algo más fuerte para hacer resaltar la extravagancia de la institución? Bajo el imperio de circunstancias parecidas, es necesario, para que exista en Inglaterra un número tan grande de mujeres de mérito que Dios haya impartido a las inglesas mucho más fuerza moral y de inteligencia que a sus amos, de otra manera llegarían a ser necesariamente criaturas completamente estúpidas.

Las causas de todos los matrimonios en Inglaterra son del lado de las muchachas, el deseo de sustraerse del poder paternal; de aligerar el yugo de los prejuicios que pesan tan fuertemente sobre las jóvenes, y la esperanza de gozar en el mundo de más importancia. Porque para las almas elevadas es una necesidad tomar parte en el movimiento de la sociedad. Del lado de los hombres es únicamente el deseo de apoderarse de la dote, con la cual se pagan las deudas, hacen especulaciones, o, si esta dote es una fortuna, de comer las rentas en los clubes, en los Finishes, o con las amantes.

Dentro de este mercado la mujer es la que es engañada. Los prejuicios la conducen al altar y la concupiscencia la espera para despojarla. Los hombres llevan la misma existencia que antes de estar casados; el lazo del matrimonio, que es tan pesado para las mujeres, no les impone ninguna obligación, y según como lo quieran ellos, viven con mujeres alegres, sirvientas y actrices. La mayor parte mantiene suntuosamente a una amante en una bella casa pequeña de los arrabales. Esta costumbre es universal, entre los hombres ricos tanto de la «cité» como del «West-end». Forman una segunda familia; todo lo que tienen de afecto en el corazón se lo dan a esta mujer elegida y para los

hijos que ella les dé, mientras la pobre mujer legítima que han tomado únicamente como un socio capitalista, es a sus ojos una compañía incómoda, desabrida: las atenciones que ella exige, la consideración, el respeto que el mundo les obliga a mostrarle, son deberes que lo importunan y a los cuales escapan manteniéndose fuera el mayor tiempo posible. ¿En qué se convierte la mujer a contrato? ¡Ay! ¡Ella está reducida al estado de máquina para fabricar niños, «y los veinticinco años más bellos de su vida se la pasa teniendo niños»!

El aislamiento lleva a la mujer inglesa a observar, a meditar. Un gran número de ellas, se dedican a escribir. Hay en Inglaterra mucho más mujeres autoras que en Francia, porque las francesas tienen una vida más activa y son menos excluidas que las inglesas del movimiento social. Muchas mujeres autoras han descrito Inglaterra y desde Lady Montagu, que ha escrito sus impresiones de viaje en un estilo tan puro, tan elegante, una cantidad de otras se han lanzado, a su ejemplo, en la carrera literaria y han dado prueba de un mérito incontestable. Es sobre todo en la novela y en los cuadros de costumbre que estas mujeres sobresalen. Todo el mundo conoce las obras de Lady Morgan. Nadie antes de ella había trazado tan bien el carácter irlandés y dado tanta vida a la pintura de Irlanda. Las obras de Lady Blissington, se hace notar por la exactitud en la observación, lo picante de su pensamiento; y yo podría citar muchos otros nombres. Últimamente una joven ha aparecido y su comienzo ha sido de lo más brillante, jamás una autora literaria ha brillado con tan vivo resplandor, ni ha dado tan bellas esperanzas, y Lady Litton- Bulwer se ha colocado en el primer puesto de la literatura. Esta mujer de élite, es una de las numerosas víctimas de la indisolubilidad del matrimonio. Así su primer libro es un largo quejido de dolor; ella lo ha titulado «Escenas de la vida real». No se muestra impunemente el talento: no pudiendo la gente contestarle se ha elevado contra el escándalo de semejantes divulgaciones. Pobres mujeres no se les permite sino sufrir... este mundo les ha prohibido hasta la queja.

El marido de Lady Bulwer, conocido como célebre novelista, llegó al parlamento y a título de barón, cuando Lady Bulwer vino a revelar el bello genio con que Dios la ha dotado. Desde entonces Sir Litton-Bulwer se siente destrozado por los demonios de la envidia; ha recurrido a la calumnia para empañar un resplandor que lo ciega. Rodea a su mujer de espías, y como la autora se agranda, quiere mancillar a la esposa. A la verdad, corre un rumor entre el público de Londres que explica la envidia devoradora y el odio activo con que persigue a su mujer. Se dice que es Lady Bulwer la autora de todas las novelas que ha publicado bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer. Lo que da a esta afirmación la consistencia de un hecho probado, es que después de la separación de los dos esposos, el señor Litton-Bulwer no ha publicado nada de notorio, y que en la Cámara de los Comunes no se ha elevado jamás por encima de la cantidad de mediocridades parlamentarias. Después la elegante simplicidad, la altura de pensamiento, la marcha de la acción en las «Escenas de la vida real», por Lady Bulwer, hace ver en ella el autor de Rienzi y de Pethan, las dos novelas publicadas bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer y que han tenido gran éxito.

Uno se consuela de la pérdida de su mujer; ¡pero perder una fuente de riqueza!
Perder su hada creadora!, ¡caer de las alturas del Olimpo...!

¡Oh, Lady Bulwer, hago votos para que el odio de vuestro marido sea para siempre impotente; para que, más feliz que yo, escapéis de toda bala homicida; pero ¡ay de mí! ¡Conozco lo suficiente el corazón humano como para poder predecir que su odio será implacable, y que os perseguirá hasta la tumba!

Las mujeres autoras se ocupan también, en Inglaterra, de los temas más graves. La señorita Martineau ha escrito unas obras muy notables sobre economía política; la señora Trollope ha publicado un viaje a América del Norte que ha tenido mucho éxito; la señora Gore ha escrito novelas cortas muy bellas acerca de las costumbres y la historia polaca, la señora Shilly hace versos plenos de melodía y de sentimiento. Muchas de estas damas escriben en revistas y periódicos; pero veo con profunda aflicción que todavía ninguna ha abrazado la causa de la libertad de la mujer, de esta libertad sin la cual todas las otras son de tan corta duración, de esta libertad por la cual conviene a las mujeres autoras especialmente que combatan. Las mujeres autoras en Francia, desde este punto de vista, han aventajado a las inglesas. Sin embargo, una voz de mujer se hizo escuchar en Inglaterra hace medio siglo, voz que toma en esta verdad con la cual Dios ha marcado nuestra alma, un poder irresistible y una energía resplandeciente; voz que no tiene miedo de atacar uno a uno los prejuicios y de demostrar la mentira y la iniquidad. Mary Wollstonecraft, ha titulado su libro: «A vindication of the rights of woman» (Defensa de los derechos de la mujer); apareció en 1792.

Este libro fue agotado desde su aparición, lo cual no le ahorró a su autora el suplicio de la calumnia. No fue publicado sino el primer volumen y se ha vuelto extremadamente raro. No pude encontrarlo para comprarlo y de no haber tenido un amigo que me lo prestó me habría sido imposible leerlo. La reputación de este libro inspira tal horror que, si vos habláis aun a las mujeres del dicho progreso, ellas os responderán con un movimiento de horror: ¡Oh, es un libro muy malo! ¡Ah! La calumnia cae a menudo sobre la celebridad de mayor mérito; trasmite sus odios de generación en generación y no respeta la tumba, ni la gloria misma la detiene.

Mary Wollstonecraft dedicó su libro al señor de Talleyrand-Périgord. Escuchad a esta mujer, a esta mujer inglesa que fue la primera que osó decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente a los dos sexos y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que es su deber, de hombre de Estado, de actuar conforme a esta opinión, de hacer triunfar las consecuencias de ella y de establecer la completa emancipación de la mujer.

He aquí algunos pasajes de esta obra:

«Reclamando por los derechos de la mujer, mi principal argumento, para demostrar su utilidad, está fundado sobre aquella razón bien simple, que, si la educación no prepara a la mujer para convertirse en la compañera del hombre, ella detendrá el progreso; porque si los conocimientos humanos son derecho

exclusivo del hombre, su influencia no tendrá eficacia sobre la marcha de la sociedad.

»Si queréis que vuestro niño aprenda a comprender el verdadero patriotismo, es preciso que su madre sea una patriota esclarecida. Y el amor de la humanidad, fuente de toda virtud, no podría desarrollarse en ellos sino por la apreciación del interés moral y político del género humano; pero la educación actual de la mujer la excluye de tales investigaciones.

»Me dirijo a vos, señor, como un legislador, y os pregunto si, ¿cuándo los hombres combaten por su libertad y porque se les deje decidir a ellos mismos lo que conviene a su propia felicidad, no es inconsecuente e injusto sujetar a las mujeres a leyes en las cuales ellas no han participado? ¿Quién ha constituido al hombre en juez exclusivo para decidir si la mujer está, como él, dotado de razón?

»Los tiranos de todas las denominaciones, desde los reyes hasta los padres de familia actúan y razonan igual; ellos se apresuran en destruir la razón, en usurpar los derechos, y afirman que es por la utilidad general que ahogan la voz de todo. ¿Vuestra conducta no se parece a aquella de los tiranos cuando negáis a las mujeres derechos civiles y políticos, y las forzáis a quedar encerradas en sus familias y a moverse en medio de las tinieblas?

»Si la mujer debe continuar en estar excluida de la participación de los derechos naturales de la humanidad, vos debéis antes que todo probar, a fin de rechazar la acusación de injusticia e inconsecuencia, que ella carece de razón, de otra manera vuestra nueva Constitución llevará siempre la huella de la iniquidad, y testimoniará que el hombre, librándose al despotismo ha quedado tirano él mismo, y vos lo sabéis señor, la tiranía en cualquier parte de la sociedad en la que se muestre, aniquila toda moral.

[...] »Si no se permite a las mujeres gozar de derechos legítimos, ellas pervertirán a los hombres y a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos».

Ahora he aquí como habla ella a las mujeres:

«Espero que las mujeres me excusarán si las trato como seres racionales, en lugar de hablarles de sus gracias encantadoras y de considerarlas como si estuviesen en un perpetuo estado de infancia, incapaces de actuar por ellas mismas. Deseo ardientemente indicarles, en qué consisten la verdadera dignidad y la felicidad. Deseo persuadirlas de la necesidad de desarrollar sus fuerzas intelectuales y físicas. Deseo convencerlas que aquellas dulces expresiones de susceptibilidad de corazón, delicadeza de sentimiento y refinamiento de gusto, son casi sinónimos de debilidad; y que esas criaturas débiles, que son objeto de la piedad o de aquella especie de amor que la piedad hace nacer, son pronto abandonadas por el hombre y se convierten en objeto de su desprecio.

»Rechazando por lo tanto esas frases gentiles para uso de las damas de las cuales la condescendencia de los hombres quiere aprovecharse bien para

suavizar el yugo de nuestra dependencia, y despreciando esta elegancia de espíritu, esta sensibilidad exquisita y esta blanda docilidad de maneras, que se supone son los rasgos característicos de nuestro sexo, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la verdad moral, deseo mostrar que el primer objeto de una ambición loable debe ser para todos, sin distinción de sexos, ser útil a sus semejantes; que el bien que resulta para el prójimo de las acciones de los hombres es la piedra de toque del mérito de estas acciones».

Mary Wollstonecraft reclama la libertad de la mujer como un derecho, a nombre del principio sobre el cual las sociedades fundan lo justo y lo injusto. Ella la reclama porque sin la libertad no puede existir obligación moral de ninguna especie, como demuestra igualmente que sin la igualdad de estas obligaciones, para uno y otro sexo, la moral carece de base, cesa de ser verdadera.

Mary Wollstonecraft dice que considera a las mujeres bajo el punto de vista elevado de criaturas que son, al igual que los hombres, colocadas sobre esta tierra para desarrollar sus facultades intelectuales. La mujer no es ni inferior, ni superior al hombre; estos dos seres no se diferencian, desde el punto de vista del espíritu y de la forma, sino para guardar armonía, y sus facultades morales, estando destinadas a completarse por la unión, deben recibir el mismo grado de desarrollo. Mary Wollstonecraft se levanta contra los escritores que consideran a la mujer como un ser de naturaleza subordinada y destinada a los placeres del hombre. A este respecto hace una crítica muy justa de Rousseau, quien establece que la mujer debe ser débil y pasiva, y el hombre activo y fuerte; que la mujer ha sido formada para estar sujeta al hombre, y finalmente que la mujer debe hacerse agradable y obedecer a su amo y que tal es el objeto de su existencia. Mary Wollstonecraft demuestra que según estos principios las mujeres son educadas para la astucia, para la doblez y para la galantería, mientras que su espíritu queda sin cultura, y la sobre-excitación de su sensibilidad dejándolas sin defensa hace que se vuelvan víctimas de todas las opresiones. La autora prueba que la alteración de toda moral es la consecuencia rigurosa de estos principios. La tendencia, perniciosa de estos libros, añade, en los cuales los escritores degradan insidiosamente a las mujeres, en el momento mismo en que están prosternados frente a sus encantos, no serán nunca suficientemente señalados ni tan severamente censurados.

«...Curs'd
First idoliz'd till love's hot fire be o'er
Then slaves to those Who court'd us before»

- Dryden.

Mary Wollstonecraft se yergue con coraje y energía contra toda especie de abuso. «Los homenajes y el respeto, dice, cuya propiedad es el objeto, son las fuentes envenenadas de las que provienen la mayor parte de los males que hacen del mundo una horrible escena a contemplar.

«...Porque todos buscan obtener el respeto por las riquezas, y las riquezas ganadas, no importa cómo, obtendrán el respeto que no es debido sino al

talento y a la virtud. Los hombres desatienden todos los deberes del hombre, y sin embargo son tratados como semidioses. La religión está también aislada de la moral, y los hombres se sorprenden de que el mundo no es más que una cueva de ladrones y de opresores».

Mary Wollstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint Simon ha difundido más tarde, y que se propagaron con tanta rapidez después de la revolución de 1830. Su crítica es admirable; ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia; y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Ella denuncia atrevidamente la cantidad de prejuicios de los que la gente está rodeada; quiere para los dos sexos, la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos, la educación profesional para todos, y el divorcio a voluntad de las partes. «Fuera de estas bases, dice ella, toda organización social que prometiera la felicidad pública, mentiría a sus promesas».

¡El libro de Mary Wollstonecraft es una obra imperecedera! Es imperecedera, porque la felicidad del género humano está ligada al triunfo de la causa que defiende la reivindicación de los derechos de la mujer.

¡Sin embargo existe desde hace medio siglo, y nadie lo conoce!...

Primera vez publicado: *Promenades dans Londres*. París: H.L. Delloye, 1840.
Versión en castellano: *Paseos en Londres*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1972.

Versión Digital: [Paseos en Londres](#), edición en formato pdf en [Biblioteca Digital Andina](#) de la [Comunidad Andina](#), en base a la edición en castellano de 1972 suministrada por la Biblioteca Nacional del Perú. Esta edición: Marxists Internet Archive, enero de 2008, tomada de la versión digital citada.

Flora Tristán

de

Paseos en Londres (1840)

XVIII

Asilos

Los grandes descubrimientos están siempre proporcionados a las necesidades de la época. Por todas partes la historia nos revela esta verdad. La mano de Dios se deja ver en el establecimiento de las salas de asilo; y estoy convencida que es de todas las instituciones recientes la más fecunda en resultados, aquella que responde mejor a las necesidades de Europa y del mundo entero. Por el sistema seguido en las salas de asilo, la educación, que comienza en cierta forma con la vida es tan superior a aquella que el niño no importa de qué clase, pueda recibir en su familia y esta primera educación tiene una influencia tal sobre aquellos que la reciben, que los niños del proletario enviados desde la edad de dos años a la sala de asilo aventajarán indudablemente a aquellos de los ricos que continuarán siendo educados en casa.

En las salas de asilo la ley de la reciprocidad y el respeto por lo que está para uso de todos se inculca en el corazón del niño. Las distinciones sociales se borran a sus ojos y no distingue sino a los instructores. La necesidad que hay de que se dé cuenta de lo que sabe, de enseñar lo que ha aprendido, le hace adquirir una gran facilidad para expresar sus pensamientos. Se habitúa a la asociación, a comparar las cosas con sus resultados, a los hombres con lo que ellos saben, y adquiere una gran justeza en el juicio. Llegado a la escuela primaria, la educación del niño continuada según el mismo método, podría permitirle saber, a los dieciséis años, leer, escribir, la aritmética, el dibujo lineal, la geometría descriptiva y, además, la práctica de la mayoría de los procedimientos usados en las artes mecánicas, o en la agricultura, de suerte que no sería condenado, como lo ha sido su padre, a la repetición durante toda su vida de la misma tarea para ganar su pan. Este método puede aplicarse con igual éxito, a la adquisición de todas las ciencias, porque nosotros no aprendemos nada tan bien como aquello que estamos obligados a enseñar a los otros. Educados así, los hombres trabajarían en grandes asociaciones, porque hallarían placer y facilidad en la ejecución del trabajo.

Si los niños fuesen, desde la edad de dos años, enviados a las instituciones públicas, la necesidad del orden se haría sentir menos; la mujer, por la naturaleza de la educación que hubiera recibido, podría también, como el hombre, proveer a su subsistencia con su trabajo y este estado de cosas nos llevaría hacia la organización falansteriana. En 1440, mientras que se hacían en Strasburgo los primeros ensayos de imprenta, la predicción del imperio que, cuatrocientos años después, debía ejercer esta invención renovadora, no habría encontrado sino incrédulos.

Cuando se observa la suerte de los niños de todas las clases, se sorprende uno de que las salas de asilo no hayan sido inventadas sino hoy día, y que no se establezcan más rápido, en número correspondiente a las necesidades de la

población. Los proletarios, obligados a un trabajo diario para alimentar a su familia, no pueden vigilar a sus niños; cuando estos son muy pequeños, se les encierra o se paga a alguien para que los cuide, y, cuando tienen más edad, se les deja vagabundear por las calles. Encerrados solos, en habitaciones estrechas, húmedas, privadas de aire y de calor, si los muchachos sobreviven a las enfermedades y los accidentes, son débiles, achacosos, a menudo quedan lisiados para el resto de su vida. En las calles, los peligros que amenazan su existencia son más numerosos todavía y casi siempre en medio de esta cloaca de vicios que encierran las grandes urbes, los niños son pervertidos y dirigidos al robo, antes de haber podido trabajar.

Además, si se considera los numerosos accidentes que comprometen los medios de existencia del proletariado, la disminución de salarios y la ausencia de trabajo el sobre-enriquecimiento de los arrendadores y el alza de las subsistencias, las enfermedades y el crecimiento de su familia, quedará uno convencido que haría falta que tuviera un raro amor al trabajo, una sobriedad y una economía poco comunes, mucho de suerte y de fuerza de ánimo, para no ser nunca presa de la miseria. Mientras tanto ¿en qué se convierten los niños hijos del obrero entre las horribles tribulaciones que lo asedian?

Por la noche, el padre y la madre regresan de su jornada, fatigados con exceso, amargados por las contrariedades y con el espíritu atormentado por la inquietud. ¡Ah! Las escenas que pasan dentro de esas casas, son suficientes para embrutecer al niño nacido más afortunadamente. A menudo golpeado, porque caerá y habrá roto sus vestidos o dejado comer su almuerzo por el perro, el desdichado niño, injuriado y brutalizado sin cesar, se vuelve disimulado, mentiroso y alimenta un odio sordo contra el padre y la madre. De otro lado la estrechez extrema de dinero de los padres, los deseos de gastos en que se habrán comprometido para aturdirse de los males que sufren, apagarán en su corazón todo sentimiento afectuoso; ellos tomarán aversión por los niños que les imponen continuas privaciones, los abandonarán al vagabundeo, y llevarán al recién nacido al hospicio.

Estableced la sala de asilo, y, como por encanto, cambiaréis al niño y la economía del obrero. Habrá ante todo alivio en la inquietud y miseria; el niño sale desde la mañana del domicilio paterno y es bien acogido en el lugar donde, bajo la dirección de una persona afable que se interese en él, pasa el día en medio de los camaradas de su edad, en una sucesión no interrumpida de entretenimientos; ahí su atención es cautivada por las demostraciones; después él canta en coro, marcha en procesión, reciben lecciones de los más instruídos, que las dan a aquellos que son menos, y goza de toda importancia que adquiere como miembro de la escuela. Se dirige todos los días a la asociación, ejerce sus facultades para llenar allí un rol más elevado, aprende a conocerse, a apreciar a los otros y toma el hábito de respetar a los demás a fin de poder exigir respeto. Él goza de buena salud, porque los juegos gimnásticos desarrollan sus fuerzas y su agilidad, se convierte en una persona limpia, reservada, y puede dar el motivo de cada una de sus acciones.

De regreso a su casa, al final del día, este niño, es visto con placer por sus padres. Nos les ha dado ningún disgusto, ni tomado un minuto de su tiempo;

satisfechos de su buen cuidado, le interrogan mientras cenan en la noche y cada vez se sorprenden más por la exactitud y los progresos de la razón del niño. Viendo como su conducta es regular, ellos estarán obligados a reflexionar sobre la suya y no querrán exponerse al desprecio del niño, al verlo brillar en la estima pública, y para merecerla ellos también se aplicarán a reformarse. Ellos apreciarán la ventaja de la educación, irán a menudo a la sala de asilo para asistir a los ejercicios de los niños, y el maravilloso espectáculo del desarrollo moral de la escuela infantil mejorará la moral de los padres.

Si se lleva la observancia sobre esta parte de la población que vive en la comodidad por el ejercicio de una profesión, clase en la cual sin duda se encuentra más de instrucción y habilidad que en las clases de la opulencia ociosa, se reconocerá que los niños de esta clase no reclaman menos que aquellos de los proletarios, la educación de las salas de asilo.

La mayor parte de los moralistas se han pronunciado por la educación pública, porque les ha sido demostrado que la enseñanza tiene más de poder en acción que en precepto, que las lecciones prácticas que los escolares se dan entre ellos tiene más influencia sobre el desarrollo moral e intelectual de los niños que no podrán tener los más hábiles maestros. Si se reflexiona en la infalibilidad, en el irresistible impulso que la educación mutua recibe de la clasificación de los niños, del grado extremo de emulación que excita la realización diaria de los progresos efectuados; si, de otro lado, se considera cuán profundas son las primeras impresiones y qué cantidad de causas corruptoras rodean a los niños en la casa paterna, no se podrá explicar la repugnancia de la clase media, no se concebirá por qué no acepta la educación de las salas de asilo para sus niños y los deshereda así de las ventajas sociales que, en definitiva, son la razón de las superioridades.

De los diversos sistemas de educación que han estado más o menos en boga en los tiempos modernos, la única verdad que ha tomado la difusión de un imperio universal es la ventaja que presenta la educación pública sobre la de la familia. Jenofonte, Plutarco, Montaigne, están plenos de observaciones tan exactas, que parece inconcebible que no se nos haya hecho llegar más temprano a la educación verdadera, completa y única eficaz, a la cual se guía por las indicaciones de la naturaleza, que toma al hombre en la cuna y lo conduce hasta la pubertad. Rousseau no debió su influencia más que a la verdad de las ideas que tomó; desgraciadamente no supo utilizarla y no hizo progresar la primera de las ciencias sociales: su extravagante sistema allanó los prejuicios más falsos de la sociedad a las revelaciones de la naturaleza. La moda, lo ha hecho vigente por algunos años, pero está bien muerto y si se exhumara algunas páginas, sería únicamente para señalar de nuevo las absurdidades a las cuales daba curso. Después de Rousseau, el público ha intentado numerosos planes de educación y nuevos métodos de enseñanza, acogidos o rechazados sin examen según las personas que los apoyan. Actualmente los pequeños seminarios y los conventos luchan contra las instituciones del gobierno. Las personas que se ocupan de la marcha social no tienen sobre esta inmensa cuestión una opinión fija; cada uno se ha hecho su pequeño sistema. La anarquía en las ideas sobre la educación subsiste todavía, y la gente, como de costumbre, obedece al impulso que recibe.

Vivimos en una época en la que el pensamiento político preocupa universalmente; la filosofía, la educación, la religión, hasta las modas, todo está coloreado. En las familias hay sobre cada cosa tantas maneras de ver como individuos. ¿En qué se convierten los niños en esta confusión de ideas, de deseos, de caprichos, de pasiones? Existe hoy día tan poca unión en las familias, que los esposos parecen dominados por el deseo de ser en todo del parecer contrario: la palabra del padre es invariablemente desmentida por la madre. Luego son los abuelos que vienen a deslizar sus rancias ideas en las orejas de los niños; los amigos que ven las cosas desde el punto de vista de su posición social, y que seguros de estar en lo cierto, imponen también sus opiniones; finalmente son todavía las nodrizas, las amas, las domésticas, cuyas ideas y acciones impresionan a los niños. ¿Cómo estas jóvenes inteligencias podrían discernir en el caos inexplicable alrededor de ellas? ¿No es evidente que en medio de las contradicciones que se entrechocan, el juicio privado de base, de punto de partida, no puede manifestarse entre los niños sino por las inconsecuencias; que, necesariamente, ellos deben ser discutidores y voluntariosos; que su carácter debe estar agriado, porque ellos tienen frecuentemente que sufrir las voluntades no motivadas; que en fin no podrían tener ideas justas sobre nada, porque no reciben ninguna noción de la verdad? Las personas de las cuales están rodeadas hablan sobre las mismas cosas en formas diversas; ellos no ven por todas partes sino voluntades individuales y aspiran el egoísmo por todos los poros.

No puede esperarse un buen ciudadano de un niño educado de este modo, él será esclavo de las pasiones, de los prejuicios, de los hombres y de todas las cosas. No se elevará por encima del mediocre, o descenderá al nivel de los facinerosos por el curso desenfrenado de sus vicios: para que crezca distinto, sería preciso que facultades extraordinarias le hubieran hecho sobrepasar los obstáculos que se oponían al desarrollo racional de su inteligencia.

Si ahora dirigimos nuestras observaciones sobre esta parte de la población que la fortuna hace vivir en el lujo, reconocemos que no existe niño que sufra más y cuya moral y físico se deteriora tanto por la vida de familia como el niño del rico. La Providencia puede salvar al del pobre de los peligros del vagabundo y a veces vemos surgir del seno de la miseria a los hombres que honran la humanidad. Los niños de la clase media están casi siempre bajo los ojos de sus padres, reciben continuas muestras de afecto y en ellos, las cualidades del corazón pueden desarrollarse no obstante los defectos del espíritu y los vicios el carácter; pero entre los ricos, las cosas ocurren de otra manera. Hay certeza para que los niños se perviertan y ninguna opción para que adquieran una cualidad. Son las nodrizas, los preceptores, las domésticas quienes los educan. Todos estos esclavos buscan complacer a los pequeños seres, cuyos llantos tienen a menudo el poder de hacerlos despedir. Previenen todos sus deseos, ceden en todo, se ingenian incluso para crearles necesidades facticias; y estas desgraciadas pequeñas criaturas, arrulladas en la ociosidad, engreídas por la adulación, hinchadas de orgullo, contraen todos los defectos de los tiranos, todos los hábitos del despotismo; son exigentes, coléricos e incapaces de resistir a la menor fantasía. Los padres los ven raramente y según el humor del día los reprenden, los castigan sin razón o les prodigan recompensas no merecidas. Las domésticas, temiendo los informes de los niños, los adiestran

en la mentira, y cuando los pequeños déspotas están descontentos, inventan ellos mismos la calumnia, imputan a los sirvientes que los han molestado las faltas por las que ellos temen por encima de todo ser motivo de sospecha. ¡Todo es deletéreo en la atmósfera que respira el niño del rico! La hipocresía se ofrece sin cesar a sus ojos, es la máscara que llevan los domésticos en presencia de sus padres, esas son las dos fisonomías que alternadamente toman los padres mismos, según estén en familia o frente a los extraños. Escuchan también dos lenguajes: el de la bajeza y de la insolencia. Su aya, para cautivar su atención, le relata mil cuentos absurdos. En su casa, todo el mundo está a sus pies. Si se enfada o quiere llorar, inmediatamente cada uno se pone en acción y se inquieta por calmarlo; cuando él sale es saludado con deferencia por todos aquellos que lo conocen. Se le corteja y se le manifiesta orgullo de acogerlo; que es el medio para que el niño se sienta un personaje y toma las maneras duras y altaneras de sus padres. Las afecciones tiernas no han podido crecer en su corazón, la vanidad es el sólo acceso. Su orgullo susceptible exige cada día más de aquellos que lo rodean. La huella de la naturaleza está completamente borrada, se busca en vano al niño en esta marioneta vestida de ricos trajes. Si es el hijo de un Lord, de un hombre que habita un palacio con numerosos sirvientes, no sale sino en carro, y saludan muy humildemente todos los tenderos del barrio.

La salud de este niño no ha experimentado las menores alteraciones por el exceso de alimento y por la demasía de precauciones que se usa para resguardarlo del frío, del calor, de la lluvia, del aire y de toda especie de fatiga. Bajo la influencia de este régimen, su constitución se debilita, y, llegado a la edad de ir al colegio está sin fuerzas físicas y morales. Transportado a este mundo nuevo, no será sino con pena que él se acostumbrará a la regla de la casa, al espíritu de igualdad de sus camaradas; se quejará a sus padres, que renovarán las recomendaciones a los maestros; estas recomendaciones no serán infructuosas: este niño tendrá toda indulgencia, será siempre excusado y jamás contrariado; algún escolar pobre e inteligente a quien él le pagará los pasteles, le hará su tema. Vendrá el domingo a ver a sus padres con buenas notas, tendrá a menudo la cruz y a fin de año se le dará premios. Al cabo de siete u ocho años, saldrá del colegio, ignorante como ha entrado, con nuevos vicios y sin haber aprendido nada.

¡Ah! No temo deslizar un sofisma afirmando que el hijo del rico tiene tanta necesidad de ser sustraído a las influencias de las cosas y de las personas en medio de las cuales vive como el niño del pobre a las influencias de la calle y a la brutalidad de sus padres.

En la sala de asilo, la educación es igual para todos. El niño más indócil, el más inestable sigue el movimiento que se le imprime, la falta de inteligencia en este caso no podría impedirlo. El niño al mismo nivel con los alumnos de su división, y la lección es la consecuencia inmediata del progreso que cada uno de los alumnos ha hecho. No recibe allí sino nociones justas, aprende a vivir en asociación, a ejecutar con placer su porción de tarea común, a no respetar, a no reconocer por verdadera sino a la aristocracia de la inteligencia y del talento. Se deja conducir sin resistencia por el hijo del pobre, si este es su monitor y prima sobre él en la jerarquía intelectual.

En tiempos de la tiranía, los altos valles de Vosges protegían, en sus retiros inaccesibles, a los intrépidos protestantes que habían abandonado sus campos a la expoliación para conservar la libertad del alma. Estos lugares no ofrecían alimentos sino a la cabra y a la gamuza: vivieron, ellos y sus descendientes, la vida del salvaje. En 1767, Oberlin, pastor de la iglesia protestante llegó al medio de esta población: este hombre tenía esa potente energía que da un gran amor por sus semejantes. Dominó, por sus trabajos, la esterilidad del suelo, estableció escuelas, hizo aprender oficios y el bienestar sucedió a la miseria. Como los padres, ocupados en los oficios o en los campos, no podían velar sobre sus hijos, Oberlin tuvo la inspiración de reunirlos en cámaras espaciosas, e hizo elección de conductoras que tomó a su cargo, así como su mujer, de formarlas: tal fue el origen de las salas de asilo. Los procedimientos de Oberlin, para la educación de la infancia, fueron imitados y perfeccionados en Suiza. Robert Owen, preocupado por la idea de la educación, dice que para ser eficaz debe comenzar desde la cuna y que debe proponerse como objetivo el preparar a los niños para la asociación a las cuales están destinadas a formar parte, fundó en 1816 su «infant school» en New-Lanark en Escocia. Pero no fue sino en 1827 y 1828, cuando esta institución había ya tomado raíz en Alemania, que Francia e Inglaterra quisieron adoptarla.

Owen, en su «infant school», sigue las indicaciones de la naturaleza, la instrucción que él da es proporcionada al grado de inteligencia, y hace uso del método Lancasteriano. Las explicaciones sucesivas de las cosas, los ejercicios de juicio, el aprendizaje gradual de los procedimientos de las artes y de la gimnasia, desarrollan a la vez, todas las facultades intelectuales, el amor racional al prójimo, la habilidad y las fuerzas corporales. Owen no admite la instrucción religiosa, funda su moral sobre la reciprocidad. Tuvo razón en decirme que no existía en Londres «infant-school» dirigido según el orden de ideas que él había seguido en la formación de la suya.

Cuando en Inglaterra era cuestión de imitar el ejemplo de Alemania, de establecer asilos para la niñez, Owen, consultado por Lord Brougham, le dijo que no admitía en su «infant-school» sino las ideas abstractas que no pasaban el alcance de la infancia, que las ideas susceptibles de ser explicadas por objetos sensibles; que él no conocía creencias religiosas, apropiadas a la inteligencia infantil; que los niños tienen, como todo lo que existe, el goce y el sufrimiento común por móviles, y son tan capaces como los hombres de comprender que su interés no puede jamás ser de aislarse de la observación de las reglas a las cuales obliga la reciprocidad; que él consideraba los dogmas del pecado original, del infierno y del paraíso, etc., como de naturaleza de crear ideas falsas sobre lo justo e injusto, de volver al espíritu disputador y hacer nacer prejuicios odiosos contra aquellos de otra opinión religiosa. Lord Brougham objetó a la introducción de este sistema el imperio que ejercen todavía las creencias religiosas. Las salas de asilo conocidas bajo las denominaciones de «National school» y de «British and foreign school», que el sabio lord ha favorecido con su patrocinio, admiten a muchachos de todas las comuniones, sin buscar inculcarles la doctrina particular de ninguna religión. Pero sin embargo se han dejado imponer por el fanatismo la lectura de la biblia; la lectura de la biblia a niños de dieciocho meses a siete años! Los convertidos de Otaítí y de la Nueva Zelandia no harían mejor.

Las escuelas y salas de asilo para la infancia prosperaban desde hace varios años en Suiza y en diferentes reinos de Alemania, cuando la opinión se ocupó de ellos en Inglaterra; porque, bajo la relación intelectual, Alemania está bastante adelante de Inglaterra. Después de un largo tiempo las controversias religiosas no excitan más el interés, y la inteligencia ha dejado miles de interpretaciones de la biblia para elevarse en el universo del pensamiento a alturas desconocidas hasta ahora. La institución de las salas de asilo, el método de conducir a la infancia, acogidas como necesidades, no han provocado disputas ni argumentaciones teológicas.

En los estados austríacos, todo el mundo está obligado a enviar a sus niños a las escuelas: esta exigencia del gobierno no es sino el cumplimiento del más imperioso de sus deberes; porque la sociedad está interesada en que cada uno de sus miembros reciba una educación en relación con la organización social.

Impresionada por la importancia de las salas de asilo, estaba yo muy empeñada en visitar los lugares donde los niños pobres encuentran refugio e instrucción. Hay todavía tan pocas verdaderas salas de asilo en Londres, que pedí a quince o veinte personas que me las indicaran, sin que ninguno supiera lo que yo quería decir. Finalmente me dirigí al mismo fundador de las salas de asilo, el respetable señor Owen, que yo había tenido la ventaja de conocer durante su estadía en París en 1837. «¡Ay!, -me respondió Owen-, no conozco en Londres una sola sala de asilo que sea en realidad una escuela para la infancia. Hay numerosas escuelas sostenidas por la caridad pública, pero ninguna ha sido establecida según mis principios». Esta respuesta tenía valor en boca de Owen, y me sorprendió. ¡No hay sala de asilo en Londres, la ciudad monstruo! ¿Pero dónde van los niños, cuyos padres trabajan durante el día? ¿Dónde van estos desgraciados niños, con los pies desnudos, apenas vestidos, por lo tanto a refugiarse durante un largo día de frío, de lluvia o de niebla? ¿Quién les enseña entonces la lectura, el cálculo, el dibujo lineal, les enseña la limpieza, el orden, la unión, quién les enseña esta multitud de cosas con las cuales la infancia se instruye jugando? Nadie. Londres no posee todavía lo que se puede llamar las salas de asilo, y los «infant-school» cuyo número es por otra parte muy insuficiente, están lejos de tener lugar. Esto explica por qué durante el verano entre las cinco y ocho horas, se ve tantos niños en las calles, particularmente en los barrios populosos. En estas horas, estando terminados los trabajos del día, y las calles menos colmadas de coches, se deja a los pequeños desgraciados salir de sus tugurios para tomar aire. En Londres, las familias pobres habitan el sótano o el desván de las casas. A menudo una misma pieza contiene al padre, la madre y siete u ocho niños: ¡qué aire tan insalubre debe reinar en esas moradas! El rostro de los niños es un testimonio. Nada más raquítico, más cadavérico que estos pequeños seres. La extremada delgadez, la tez muy pálida, los ojos melancólicos unido a la excesiva suciedad y a los andrajos que los cubren, ofrecen el espectáculo más digno de compasión. Siempre he habitado de preferencia en los barrios populosos; así, cada tarde, me encontraba yo en medio de estos niños, que veía salir de las casas, como las hormigas de los hormigueros; cuando las calles eran estrechas, sentía a menudo un olor infecto que se exhalaba de esta masa de niños. En invierno, no hay hora limitada en la cual puedan ser dejados en la calle y no sé adónde podrían ir a respirar: ¡pobre

pueblo que no se cuenta para nada, con qué inhumanidad se te trata! La aristocracia que tiene, para tomar aire, sus magníficos parques, sus vastas tierras y todo el continente, donde va a gastar el dinero que le gana al pueblo; esta aristocracia, cuyos hoteles, suntuosos palacios, residencias para algunos meses, ocupan los más bellos barrios, se reserva todavía para ella sola todas las numerosas plazas públicas que decoran esos barrios. ¡Mientras que el niño del pobre, faltándole aire y espacio, vaga como un perro inflado de hidropesía, en un sótano húmedo o un miserable granero!

Iba a abandonar Londres sin haber podido descubrir una sala de asilo, cuando un día, hablando con fuego de la inutilidad de mis búsquedas, un tory que se encontraba presente me dijo: os engañáis, señora, Londres posee varias salas de asilo absolutamente parecidas a las vuestras, y si lo deseáis, voy a daros la dirección de dos o tres. Yo acepté con apresuramiento y me transporté al instante mismo. Una de las direcciones indicaba «Palmer's village Westminster», es decir al extremo del arrabal de Westminster, a más de tres leguas del centro de la ciudad. Esta sala de asilo era tan poco conocida, que estuvimos obligados a emplear un guía, y, aunque este joven habitaba el barrio no fue sino después de haber preguntado veinte veces que vino a llevarnos al asilo: al fin llegamos. Nos fue necesario atravesar una especie de patio, luego entramos en una pequeña pieza, baja de techo, mal embaldosada, amoblada con una vieja mesa y dos o tres bancos. Allí estaban los niños de corta edad; había una docena de pequeñuelos tan sucios en sus personas y tan andrajosos que hacía mal el verlos. De esta pieza pasamos a una habitación más grande, pero también demasiado baja; había ahí cincuenta y dos niños de tres a seis años, sucios y en harapos, como los primeros: el olor que despedían en la habitación era tan intolerable, que fuimos obligados a salir, la puerta quedó abierta y los examinamos desde el patio. Se les enseñaba diversas cosas, como en nuestras salas de asilo, pero particularmente a contar. La anciana mujer que regentaba este establecimiento se mostró muy honesta; nos dio todos los datos en su poder, nos hizo saber que la casa no era costeada por la parroquia y que el señor William Smith, miembro de la Cámara de los Comunes, sostenía solo los gastos: este hombre caritativo había construido la casa contribuyendo con una suma anual, de treinta libras esterlinas (setecientos cincuenta francos), más el carbón y la luz para las personas encargadas de conducirla. Eran la anciana señora, su marido y su hija a quienes se había confiado este cuidado. Además de la suma que da el fundador, cada niño debe pagar un penique por semana: esta retribución, aunque ligera, está a menudo por encima de los medios de los padres que tienen varios niños a enviar a la sala de asilo; sin embargo si la admisión no es enteramente gratuita, estos establecimientos no llenan en lo menor todo el objeto de su institución; pero lo que sería una caridad mezquina e incompleta de parte de una corporación cambia de aspecto desde el momento que un simple particular es el autor y se convierte en un bello acto, más susceptible que ningún otro de suscitar el celo de las parroquias y de reanimar la caridad, si por lo menos la última chispa no está apagada en el clero anglicano, el más rico de Europa. Desgraciadamente, en Inglaterra, las parroquias son independientes; no hay administración central de la cual ellas teman la censura o la supervigilancia. En Londres, como en todas partes, los consejos e las parroquias están compuestos de gentes ricas que tienen a su disposición

jardín, plaza, casa de campo, adonde envían sus hijos a tomar aire, ejercitan sus miembros, y que se ocupa muy poco de la suerte de los niños del pobre.

La vieja directora de la sala de asilo nos indicó otra debida también a la caridad individual y a la benevolencia de una venerable dama (la Srta. Mary Doyle).

Conducidos por nuestro guía, nos metimos intrépidamente en los caminos no empedrados, donde a cada instante nuestro coche corría el riesgo de romperse; ¡sin embargo estábamos en Londres, muy cerca de los barrios elegantes y de las suntuosas plazas! Recorrimos las calles sucias, miserables, tales como sería difícil de ver en ningún otro país de Europa. La mayoría de las casas no tienen ventanas, no tienen baldosas y junto a la puerta de cada una existe un hueco en el que el estiércol, las aguas, y todas las inmundicias en fermentación exhalan miasmas que apestan el aire. Por lo demás, el nombre de las calles dice más que las descripciones que se podrían hacer. Una se llama «Pond-street» (calle de la charca); la otra, «Dunghill-street» (la calle del desierto); ésta, «Hog-Lane» (la calle del cochino); aquella, Gut-Lane (de la Tripa); Sewer-street (la calle del albañil); enseguida la calle del ahorcado, de los suicidas, etc.

El rostro, el traje, el lenguaje de los habitantes de este barrio responden al nombre de las calles. Los ladrones y las prostitutas no son mayoría, sin embargo la mayor parte son obreros cargados de familia que vienen a alojarse en este barrio a causa del bajo precio de los alquileres. ¡Qué miseria!, un muladar no es tan repugnante; ¡oh, cuánto sufre el pobre al costado de la opulencia! Al fin, después de muchas idas y venidas, de encuestas infructuosas, nuestro guía nos hizo detener frente a una callejuela que se distinguía de las otras por una mayor suciedad todavía. Allí nos fue preciso dejar nuestro coche que no habría podido pasar en las callejuelas que debíamos atravesar. Aquella donde se encontraba la sala de asilo era de una longitud interminable; formaba varios recodos y a cada diez pasos nos encontrábamos con charcas donde el agua era conservada con cuidado para emplearse en el lavado de ropa. Este camino, verdadera cloaca, es muy peligroso para las personas mayores y debe de serlo bastante más para los niños que van a la sala de asilo. No fue sino después de mil penas y muchas precauciones que llegamos a la casa. Había llovido por la mañana y la tierra, de una naturaleza grasosa, se había vuelto muy resbalosa por la mezcla de agua y jabón; veinte veces estuvimos a punto de caer en las charcas.

Una joven de unos veinte a veinticinco años dirigía esta sala de asilo. Era presentable y decente, hablaba con dulzura, mucha cortesía y parecía bien educada; se puso un poco confusa con nuestra visita. «Esta casa está mal situada», nos dice, casi en el momento que la abordamos. Este rincón es pantanoso y las lavanderías que le rodean hacen la estadía completamente malsana. La señora caritativa que ha fundado este establecimiento es una amiga del pobre, pero no es rica. ¡Esta casa era la única que poseía y, todo lo mezquina y mal situada que sea, su caridad no es menos bella! Además ella se priva de las cosas más esenciales de la vida, a fin de poder pagarme veinte libras esterlinas por cuidar la clase de las niñas, y otro tanto a mi padre para cuidar la de los niños. ¡Oh!, sí, repetía yo con la joven institutriz esta caridad es

bella; y yo me preguntaba si en los tres reinos existía un rico que fuera capaz de un acto de esta belleza. El local se componía de dos piezas demasiado pequeñas para el número de niños (eran ochenta), y de techo tan bajo que todo el tiempo había la necesidad de tener las ventanas abiertas para tener aire. La clase de los muchachos se hacía en el primer piso y el de las muchachas en el segundo. Era a través de una escalera de madera que se pasaba de una a la otra; los niños de dos años, trepaban y se agarraban de una cuerda.

Este establecimiento, considerado bajo la reseña de su situación del local, del mobiliario, era ciertamente muy miserable, pero todo ello desaparecía en presencia de la caridad inteligente y afectuosa que le dirigía. Los niños estaban bien limpios, así como sus gastados vestidos donde no se distinguía la menor desgarradura. Las niñas sobre todo eran bien cuidadas; las grandes trabajaban en confeccionar los trajes de los niños; cada una con el título de madre supervigilaba a dos pequeños, los lavaba, peinaba y arreglaba con orden y limpieza. Es a la señorita Doyle, me dijo la señorita, que estos niños deben sus trajes. Esta respetable dama pasa su tiempo en ir a las grandes casas a pedir para sus niños y comprar ropa para vestirlos con lo que le dan.

Estos tres seres, el padre la hija y la señorita Doyle, que consagran todo su tiempo, todos sus medios, todas sus facultades en aliviar la miseria del pueblo, se elevan a mis ojos, en medio de la aridez de esta muchedumbre dorada, como las palmeras en un oasis.

Yo habría regresado a Francia firmemente persuadida de que la ciudad monstruo no poseía ninguna sala de asilo, cuando el anuncio de una sociedad denominada: «Home and colonial infant school Society», me cayó en las manos.

La tercera asamblea anual de esta institución tuvo lugar en la sala «d'Hanover Square», en el mes de mayo del año pasado; era numerosa y de la más alta respetabilidad, lo que quiere decir que estaba exclusivamente compuesta de aristocracia feudal.

Después de unas formalidades exigidas por la etiqueta el conde de Chischester dirigió algunas palabras a la asamblea acerca del objetivo de la asociación. A juzgar por su discurso, no parece de ninguna manera que el objeto social sea de desarrollar la inteligencia de los niños del pueblo, a fin de prepararlos en el aprendizaje y el ejercicio de las profesiones o de salvarlos de los peligros del abandono, nada de eso; el único objeto de la sociedad, es la educación bíblica («scriptural education»), y el noble lord hizo alusión contra los sabios que fundan los principios de educación, de la infancia sobre las indicaciones de la naturaleza y contra las escuelas normales, que no forman sino profesores de impiedad o de insurrecciones.

El señor J. S. Reynolds, secretario de la sociedad, sucedió al noble lord. Informó a la asamblea de los trabajos del comité para propagar la «scriptural education» entre los niños. El comité teme, dijo, que si el gobierno interviene en la educación de la infancia, no sea aquella lo suficientemente religiosa. Y a nombre del comité, el señor Reynolds comprometió a la noble asamblea a usar

toda su influencia a fin de que el parlamento no se ocupe de la educación de los niños sino en los distritos manufactureros, teniendo en cuenta que la sociedad no puede esperar de hacer adoptar la «scriptural education» por los cartistas para sus niños. El secretario terminó su informe anunciando que el comité ha enviado maestros a Esmirna, a Siria y al Egipto, a fin de difundir la «scriptural education» entre los osmanlíes y los árabes.

El capitán V. Harcourt, después de un discurso tal como lo pudo hacer un fanático del siglo XVI, llamó la atención de la asamblea sobre el número considerable de niños que vagan en los grandes caminos y en las calles de las metrópolis, sin que nadie se ocupe de hacerles leer la biblia, y añade que los católicos aprovechan del abandono de los niños protestantes para hacerlos educar gratuitamente en sus escuelas. Que incluso ellos proveen de vestidos a los que no tienen, en la esperanza de efectuar conversiones, y que él conoce a familias enteras convertidas así al catolicismo.

El reverendo James Cumming propuso a la asamblea el declarar que el bienestar presente y eterno de los individuos, el buen orden de todas las clases de la sociedad, y la estabilidad de las más preciosas instituciones de este imperio, no pueden existir sino por la «scriptural education». Él se sorprende de escuchar a ciertas personas sostener que las santas Escrituras superan la capacidad de la infancia. Pretende que el bautismo dado a los recién nacidos implica la obligación de iniciarlos en la doctrina religiosa, y consecuentemente de hacerles balbucear la Biblia al enseñarles a hablar. Se opone a la opinión de Rousseau que dice «que la instrucción religiosa del niño no debe comenzar antes de la edad de nueve a diez años». El reverendo dijo que más de seiscientos mil personas en Londres no tienen lugar en las iglesias, y que más de novecientos mil no tienen ningún conocimiento de Dios ni de las Santas Escrituras. La cuestión, exclama el reverendo, no es de saber si los niños serán educados en su casa o en los colegios, sino más bien si recibirán una educación para el infierno o para el cielo. Si los niños del pueblo no reciben una educación por las Escrituras, serán educados por uno de los dos grandes principios que luchan contra nosotros, y caerán entre las manos del ateísmo o de los sacerdotes de Roma. Y el Reverendo Cumming dejándose arrastrar por tanto fanatismo como lo hubieran tenido Lutero y Calvino, da libre curso a su odio contra el catolicismo. «Los niños de Inglaterra, dice, están expuestos a los más graves peligros; van hacia su ruina, porque el papismo nos invade por todas partes. Los curas católicos recorren las provincias, construyen escuelas y atraen a los niños de los protestantes con el objeto de corromperlos, de seducirlos, de hacerles abandonar la iglesia anglicana, la única depositaria de la verdad, ¡de la verdad bien probada! Así nuestros desgraciados niños serán desviados de la buena vida por esos curas idólatras; serán educados en la idolatría, la absurdidad y todas las estúpidas ceremonias del catolicismo; adorarán las estatuas y los cuadros y se les hará aprender las palabras blasfematorias, «Ave María».

«Los riesgos que corren la iglesia protestante, continúa el reverendo Cumming, deben hacer establecer en todos lugares los «Infant School» donde todos los niños que nacerán recibirán la «scriptural education». Si Irlanda tuviera escuelas dirigidas según este principio, presentaría un espectáculo bastante

diferente. Se puede ver en efecto que produce la «scriptural education», por el ejemplo de Escocia, donde se les enseña la Biblia a los recién nacidos («in Scotland they taught the bible from the earliest hours of infancy»); mientras que en Irlanda la Biblia es, sino totalmente rechazada, por lo menos excluida de la enseñanza».

El reverendo Cumming ha hablado durante más de dos horas, y durante ese largo discurso su voz ha sido siempre animada por una santa indignación contra el papismo. Termina así:

«En cuanto a mí no deseo que se diga que he extendido el dominio de la ciencia, instruido a mis conciudadanos, brillado en la literatura o electrizado a la muchedumbre ansiosa de escucharme. Creería haber cumplido dignamente mi tarea, si un simple epitafio inscrito sobre mi tumba anunciara que he enseñado a un sólo niño a pronunciar el nombre de Jesús».

Este discurso fue cubierto de salvas numerosas de aplausos.

El señor Labouchère, Ministro actual de comercio, que se habría creído demasiado circunspecto para tomar parte en una sociedad que confiesa que su objeto es el de hacer aprender la Biblia a niños de dos a siete años, o demasiado independiente para no sostener el valor de su opinión sin someterse a hacer la corte a la aristocracia, asistía a esta sesión y hablaba en el sentido del reverendo Cumming. El reverendo J. Stratten se mostró más tolerante, y dijo que aplaudía el establecimiento de todas las escuelas para la educación de la infancia. Este loable filántropo no encontró la simpatía de la noble asamblea.

Después de algunos otros discursos todos hechos dentro del espíritu de la educación bíblica, se levantó la sesión.

En verdad, no es sino en Inglaterra que se encuentra todavía personas tan simples como para intentar hacer propaganda religiosa con las Biblias, y de la religión con el razonamiento. Proponer, para detener el progreso del catolicismo, de distribuir la Biblia y de hacerla aprender a los niños con nodriza, es una idea, que es preciso confesar bastante ridícula y absurda para una asamblea tan grave. ¡Eh! Reverendo Cumming, el clero católico, en Irlanda, lucha con el pueblo y para el pueblo, del cual sostiene el coraje y la fe, comparte el legado de la miseria y los sufrimientos; he allí el secreto del éxito. Aprended, muy reverendo, que para persuadir al pueblo es necesario ante todo ganar su afecto. El clero anglicano es muy rico, y el pueblo no cree en la caridad del sacerdote rico.

Independientemente de la sociedad de la que vengo de dar cuenta, existen varias otras sostenidas por las suscripciones de la aristocracia; pero, a pesar de todos esos esfuerzos, la iglesia anglicana tiene que sostener una ruda lucha.

Primera vez publicado: *Promenades dans Londres*. París: H.L. Delloye, 1840.
Versión en castellano: *Paseos en Londres*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1972.

Versión Digital: [Paseos en Londres](#), edición en formato pdf en [Biblioteca Digital Andina](#) de la [Comunidad Andina](#), en base a la edición en castellano de 1972 suministrada por la Biblioteca Nacional del Perú.
Esta edición: Marxists Internet Archive, enero de 2008, tomada de la versión digital citada.